

# PLAGIO 10

*Autores publicados:* Anwandter, Andrés (1974) *poesía*, Plagio 5 y 10 Arcos, René (1964) *narrativa*, Plagio 5 Argandoña, Luis (1974) *narrativa*, Plagio 3 Ariztía, Tomás (1978) *poesía*, Plagio 1 Arnold, Ignacio (1978) *narrativa*, Plagio 1 Baier, Carlos (1971) *poesía*, Plagio 5 Barrera, Gustavo (1975) *poesía*, Plagio 6 Bascuñán, Trinidad (1977) *poesía*, Plagio 1 Bate, Mónica (1978) *fotografía*, Plagio 2 Bello, Javier (1972) *poesía*, Plagio 5 y 10 Bengoa, Mónica (1969) *plástica*, Plagio 7 y 10 Bize, Matías (1979) *guión*, Plagio 3 Boscarin, Leonardo (1967) *narrativa*, Plagio 6 Briede, Ana María (1969) *plástica*, Plagio 3 Bruna, Rodrigo (1971) *plástica*, Plagio 10 Cabrera, Alejandro (1970) *narrativa*, Plagio 4 y 10 Calderón, Damaris (1967) *poesía*, Plagio 8 Calvo, Esteban (1978) *fotografía*, Plagio 1 Canala, Rodrigo (1972) *plástica*, Plagio 6 Carrasco, Filip (1982) *plástica*, Plagio 10 Carrasco, Germán (1971) *poesía*, Plagio 4 Carvajal, Paz (1970) *plástica*, Plagio 7 Ceresa, Constanza (1978) *poesía*, Plagio 2 Concha, Rosario (1979) *poesía*, Plagio 2 Contreras, Larissa (1969) *narrativa*, Plagio 5 Cornejo, Matías (1978) *poesía*, Plagio 2 Correa, Felipe (1977) *poesía*, Plagio 3 Costamagna, Alejandra (1970) *narrativa*, Plagio 6 y 10 Del Río, Alejandra (1972) *poesía*, Plagio 4 y 10 Díaz, Gabriel (1979) *guión*, Plagio 3 Díaz, Lila (1975) *poesía*, Plagio 5 Fariás, Ignacio (1978) *poesía*, Plagio 1 Ferrer, Pablo (1977) *plástica*, Plagio 10 Figueroa, Damsi (1976) *poesía*, Plagio 6 Floch, Kurt (1970) *poesía*, Plagio 7 Flores, Susana (1978) *narrativa*, Plagio 2 Fonseca, José (1977) *guión*, Plagio 4 Fritz, Ignacio (1981) *narrativa*, Plagio 9 Fuentes, Roberto (1973) *narrativa*, Plagio 7 Gabler, César (1970) *ilustración*, Plagio 9 y 10 García, Carmen (1979) *poesía*, Plagio 2 Gómez, Cristián (1971) *poesía*, Plagio 4 Gómez, Andrés (1971) *narrativa*, Plagio 5 González, Pamela (1977) *plástica*, Plagio 3 Guajardo, Marcelo (1977) *poesía*, Plagio 7 Guerra, Luis (1974) *ilustración*, Plagio 9 Gutiérrez, Mauricio (1978) *poesía*, Plagio 1 Guzmán, Luis Emilio (1974) *narrativa*, Plagio 8 Hausser, Daniel (1977) *fotografía*, Plagio 3 Hernández, Álvaro (1971) *poesía*, Plagio 3 Hernández, Héctor (1979) *poesía*, Plagio 6 Herrera, Gabriela (1979) *fotografía*, Plagio 4 Hoehmann, Carolina (1978) *plástica*, Plagio 10 Huenún, Jaime Luis (1976) *poesía*, Plagio 9 Iglesias, Matías (1974) *plástica*, Plagio 5 Ilabaca, Paula (1979) *poesía*, Plagio 7 y 10 Illanes, Pablo (1973) *narrativa*, Plagio 7 Jara, Patricio (1974) *narrativa*, Plagio 6 y 10 Jeftanovic, Andrea (1970) *narrativa*, Plagio 4 Jiménez, Verónica (1964) *poesía*, Plagio 8 Joannon, Cristóbal (1974) *narrativa*, Plagio 3 Jurado, Javier (1978) *poesía*, Plagio 1 Labarca, Miguel Ángel (1977) *narrativa*, Plagio 5 Labbé, Carlos (1977) *narrativa*, Plagio 2 Lazo, Félix (1957) *plástica*, Plagio 8 Leal, Jonathan (1978) *poesía*, Plagio 2 Lewin, Consuelo (1970) *plástica*, Plagio 6 y 10 Lisboa, Rodrigo (1973) *fotografía*, Plagio 4 López-Aliaga, Luis (1967) *narrativa*, Plagio 4 y 10 Madriaza, Pablo (1978) *poesía*, Plagio 3 Mahaluf, Sebastián (1976) *plástica*, Plagio 4 Méndez, Adán (1967) *poesía*, Plagio 9 Meruane, Lina (1970) *narrativa*, Plagio 8 Miquel, Jesús (1979) *fotografía*, Plagio 1 Missana, Claudia (1964) *plástica*, Plagio 7 Montealegre, Pedro (1975) *poesía*, Plagio 4 Moraga, Marcela (1975) *plástica*, Plagio 5 Munizaga, Alejandra (1968) *plástica*, Plagio 7 Olavarría, Rodrigo (1979) *poesía*, Plagio 8 Ortega, Francsico (1974) *narrativa*, Plagio 8 Poblete, Nicolás (1971) *narrativa*, Plagio 6 Prieto, Alejandra (1980) *plástica*, Plagio 9 y 10 Pulido, Gerardo (1975) *plástica*, Plagio 5 Raglianti, Felipe (1980) *narrativa*, Plagio 2 Riveros, Guillermo (1975) *narrativa*, Plagio 9 Roa, Armando (1966) *poesía*, Plagio 8 Rodríguez, Juan Carlos (1969) *narrativa*, Plagio 9 Rodríguez, Jorge (1976) *fotografía*, Plagio 2 Rodríguez, Andrea (1977) *fotografía*, Plagio 3 Rojas, Rodrigo (1971) *poesía*, Plagio 6 Romero, Juan Cristóbal (1974) *poesía*, Plagio 7 Salinas, Rodrigo (1975) *poesía*, Plagio 10 Sanhueza, Leonardo (1974) *poesía*, Plagio 9 Serrano, Dominique (1976) *plástica*, Plagio 3 Silva, Carmen Luz (1978) *narrativa*, Plagio 7 Simonetti, Marcelo (1968) *narrativa*, Plagio 8 Tironi, Manuel (1974) *narrativa*, Plagio 1 Torche, Pablo (1974) *narrativa*, Plagio 3 y 10 Torres, Antonia (1975) *poesía*, Plagio 9 Troncoso, Felipe (1975) *narrativa*, Plagio 1 Valderrama, Cristóbal (1976) *guión*, Plagio 3 Viera-Gallo, María José (1971) *narrativa*, Plagio 9 Viera-Gallo, Manuela (1977) *plástica*, Plagio 9 Villalobos, Daniel (1974) *narrativa*, Plagio 7 Vogel, Patricia (1975) *plástica*, Plagio 6 Vogel, Patricio (1971) *plástica*, Plagio 10 Zomosa, Ximena (1966) *plástica*, Plagio 7





## Índice

Editorial 04

Poesía 06

· *Javier Bello* 06

· *Alejandra del Río* 14

· *Paula Ilabaca* 22

· *Andrés Anwandter* 26

Plástica 35

· *Rodrigo Bruna* 37

· *Filip Carrasco* 38

· *Patricio Vogel* 39

· *Mónica Bengoa* 40

· *Pablo Ferrer* 41

· *Consuelo Lewin* 42

· *Carolina Hoehmann* 43

*Alejandra Prieto* 44

· *Rodrigo Salinas* 45

Narrativa 48

· *Alejandra Costamagna* 48

· *Patricio Jara* 62

· *Luis López-Aliaga* 74

· *Alejandro Cabrera* 86

· *Pablo Torche* 98

Santiago en 122  
100 palabras

## Editorial

Revista Plagio nació el año 2000 como una publicación orientada a generar nuevos espacios para la creación artística y literaria chilena. Su foco principal fue apoyar a autores jóvenes que destacaran en sus respectivos ámbitos. De este modo, al mezclar distintas áreas, se buscaba trascender los círculos de público tradicionales que cada disciplina tenía.

En ese entonces, las razones del porqué hacíamos una revista como ésta no estaban claras. Probablemente fue sólo un instinto o la sensación de estar siendo parte de una generación que tenía todo por decir y hacer, una generación que necesitaba construir lo que había sido destruido.

Con el tiempo nuestros objetivos se fueron perfilando mejor. Hoy podemos decir, a modo de balance, que en los diez números de Revista Plagio hemos logrado generar una verdadera radiografía del arte y la literatura de estos últimos seis años. Una fotografía sin mayor pretensión que representar un estado de las cosas, pero que

será un referente necesario para quienes quieran aproximarse a lo que ocurrió con la creación artística joven en Chile en los primeros años de este siglo.

La revista trajo para nosotros, además, el inicio de un nuevo proyecto. Junto con las ediciones, nació Plagio como agrupación, como equipo. Tomamos conciencia de que en el campo de la cultura aún quedaban muchos espacios por llenar. Esto nos llevó a probar nuevos formatos, involucrar a más gente y acercarnos a un público mucho más amplio. Surgieron así “Santiago en 100 Palabras”, el sitio [www.plagio.cl](http://www.plagio.cl), los ciclos de poesía y “Nanometrajes Urbanos”, entre otros.

Hoy creemos que como revista hemos cumplido un ciclo y que es necesario hacer una pausa que nos permita potenciar las nuevas iniciativas que hemos ido desarrollando. Sin embargo, continuaremos de ahora en adelante la labor original de Revista Plagio, publicando textos inéditos de narradores y poetas en nuestro renovado sitio web.

Pese a estar finalizando un ciclo, nos complace lanzar la décima edición. Editar publicaciones

culturales en Chile es prácticamente insustentable; alcanzar el número diez con una revista literaria y artística de distribución gratuita, resulta casi imposible. Por lo mismo, queremos celebrar de manera especial esta edición de aniversario con un número de colección. La forma elegida es presentar una muestra de quienes, a nuestro juicio, han sido los poetas y narradores más destacados que han pasado por nuestras páginas durante este sexenio. Como es tradición, todos los trabajos aquí publicados son inéditos.

En el caso de los diez artistas plásticos invitados a este número, sus obras han sido realizadas exclusivamente para esta publicación, jugando con el concepto del “plagio”. Finalmente, incluimos en esta edición una selección arbitraria con nuestros diez relatos preferidos del concurso de cuentos breves “Santiago en 100 Palabras”, que organizamos desde el año 2001 junto con Minera Escondida y Metro de Santiago.

Agradecemos a todos quienes nos dieron su apoyo en esta larga tarea, especialmente al Consejo Nacional de la Cultura y las Artes,

que permitió financiar este número aniversario. También queremos destacar la colaboración inicial del cofundador de Revista Plagio, Ignacio Farías, así como la importantísima labor ejercida por Dominique Serrano (editora de plástica Revista N° 5 a 9) y Roberto Fuentes (editor de narrativa Revista N° 9 y 10), quienes cumplieron un rol fundamental a través de sus respectivas selecciones editoriales, diversificando y potenciando el espectro de autores publicados.

Finalmente, un sincero reconocimiento a cada uno de los 110 poetas, narradores o artistas plásticos que pasaron por Revista Plagio, porque en definitiva, este proyecto también les perteneció a ellos.

Ignacio Arnold  
Sylvia Dümmer  
Carmen García

## JAVIER BELLO

Nació en Concepción en 1972. Ha publicado "La Noche Venenosa" (Concepción: Letra Nueva-1987), "La Huella del Olvido" (Concepción: Letra Nueva-1989), "La Rosa del Mundo" (Santiago: Lom-1996), "Las Jaulas" (Madrid: Visor-1998), "Jaula Sin Mí" (Huelva: Diputación Provincial-1999) y "El Fulgor del Vacío" (Santiago: Cuarto Propio-2002), que reúne "La Rosa del Mundo", "Las Jaulas" y el hasta entonces inédito "Los Pobladores del Entresueño".

Ha obtenido el primer premio en la categoría inéditos de los Juegos Florales Gabriela Mistral (1994), un accésit en el octavo premio Jaime Gil de Biedma de la Diputación de Segovia, España (1998) y la beca para la creación poética joven de la Fundación Pablo Neruda (1992). Sus poemas han aparecido en numerosas antologías de Chile y el extranjero. Los poemas presentados en este número corresponden al libro inédito "Bajo Filamento".



## JARDÍN CON MIEDO

El excesivo equipaje no deja caminar a la sombra. El vagabundo visita la provincia otoñal, el silabario de tiza de las cantinas donde aprenden a leer los fantasmas. La sombra, por supuesto, es esta voz. Por supuesto, esta mano que esconde un alfiler de gancho en el bolsillo de un muchacho dormido. Un muchacho desnudo sobre la pelusa fértil del bosque. Llueve debajo de las mantas. Llueve una lluvia interminable. La sombra cuenta los días con los dedos. Un bote colorado cruza un río verde. La sombra se embarca, orina en la vertiente helada. Hace sombra, humo hace. Humo contra el tamiz de la luz. Así el día se abre, se corona de agua. De cadáver y viñedo de mar se fecunda la noche. Canta la voz su hueco sin voz. Los insectos se alían contra el miedo. Cruje el grillo de los espinos rojos. La luna hace lo que puede en abril. Le lima las uñas a los perros. La nariz se mece entre las ramas. Aletea como pez en la arena. Todo podría continuar así. La sombra me toma de la mano. Me lleva a un jardín con miedo. A un parque con estatuas vendadas. Dónde iremos mi poema y yo. La sombra sabe de qué hablo, del fuego que salta entre los álamos. La voz flota en el lago de caucho. Se escucha en los pozos sellados. Qué dice el caminante que visitó los puertos. Qué oyó de boca del mar y sus milicianos húmedos. Lo que oyó apoyado en sus hondas rodillas, con la lengua en los odres. Lo que anduvo, lo que amó, el agua que dejó correr. Todas las cosas. La aldea y sus ciervos helados. El río con su pata de alma de molino viejo. La estrechez de la sombra. La más delgada voz. En fin, la voz.

| 07

*¿Quién oyó?  
 ¿Quién oyó?  
 ¿Quién ha visto lo que yo?*

Góngora

dónde está la oreja noche. dónde está la noche oír y no temer. para qué tiene oreja la noche. oír qué. queda batalla. los collares exaltan un ave del montón y ese pájaro sufre. sufre su cáñamo azul. su madera de lince. su páramo. su puerta. quien se marcha no deja decir. su minuto no dice. oigo el pie del ladrón. qué se lleva pequeño asustado. pequeño quemado. lo lleva al sol. al mar. lo lleva al precipicio. un liquen santo. un manojo húmedo que da de comer. lámpara da de comer. artefacto de espuma y demonio no dice. para qué va a decir el pulmón. lo llena de rizos. lo riza su madre. yo llegaré hasta aquí. dormido seré el ilegible. cargo piedras de río. oreja de piedra. tuve sed y permiso de la sed. tuve sed y dominio. no la garganta. me sigue por la cuesta. algo me va diciendo. vi los pobres muertos. lejos de lavativa y vecindad. lejos de nadie. la cajita feroz. un párpado nupcial. otro de lepra. la noche se degüella de pie. cascabeles. circo de pus. muebles con tetas. a dónde va la oreja. la dejo de alguacil. la alejo entre sus pasos. como gran alacrán. como anzuelo que como. mi ojo sin ciudad. mi pez sin candelabro. oír y no temer. llevo la cuenta



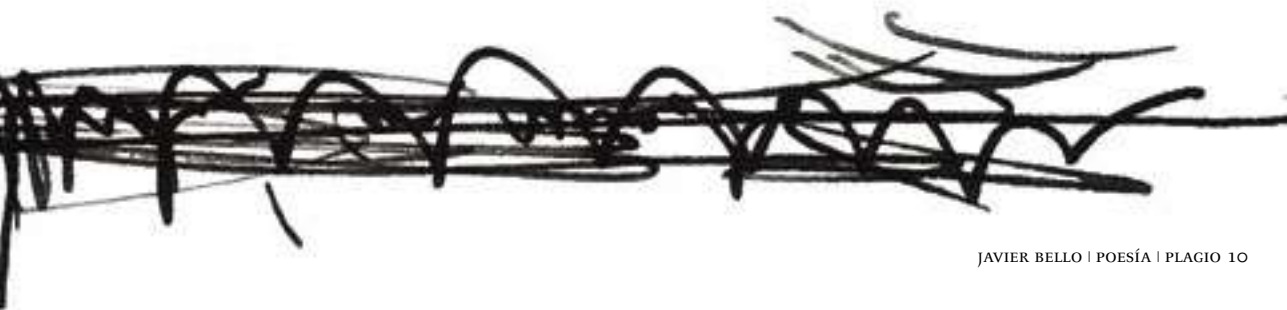
el poema navegable sobre la luz del oro  
lianas de ardiente catedral, glande que irradia en los mosaicos  
juventud que se echa a morir en el follaje de un naranjo cortado

redes entre las piernas de la tripulación y algas  
entre los dedos de los pies, la luz cuando pernocta  
junto a la comisura no hace preguntas  
a medio quemar la cáscara se esfuma

temblor en el fruto de lluvia, en el cuerpo que gruñe  
al oído de un fusil enterrado, orina  
ante sí mismo un espejo, mira la conmoción  
un lenguaje de vidrio

semillas resplandecientes alrededor del cuello, cerrojos que hablan  
fuerte antes del amanecer, en voz alta se trizan  
a la hora en que la luz pasea por la cuerda  
con los labios atados

oh gruñe, sol, gorgojo  
poema sin luz sobre la luz del oro



un olvido, un olvido sin techo para poner a aullar sobre la mesa, una caja en silencio para no levantar resto de nadie. como vaso ninguno, abrazamos un río caliente. bocas y dedos, el cuerpo absurdo que tiene ley y peso, con su ojo su ojo su ojo se agita hasta conseguir una manta. debajo de la manta caben más, debe aprender el andamio, escribe en mi pecho la sentencia que ladra. entonces la tierra digo yo para qué la tierra, si la tierra palabras de amor saliva leche sangre. la boca llena de tierra más saliva más sangre. los dientes nuevos nacen en la oscuridad, los dedos congelados en el patio. cartas que no se pueden leer, no se deben leer, qué dicen las cartas. el ciego raspándose en las letras, el mensaje del árbol, las hojas dibujadas por la vena insistente. empieza a amanecer el ombligo, el cauterio ordeñado por nadie. un olvido, un ataúd lleno de pan caliente. olor a leche, árbol colgado de los pies. la cabeza comienza a cantar, esta boca no es mía. mejor el mar, el mármol, aunque al menos tierra, aunque nunca tierra al menos cuanto antes

Así el día x alve,  
x una chagun. k

# Jardín con sueño

| 11

Quiénes son estas personas, alimento de quién, ojos en trance,  
carne acostumbrada a vestiduras negras.

Suya es la falsedad, ropajes y caballos  
se desfondan en la encarnación del jardín,  
roen los dedos de la noche y le hablan, le hablan  
luz donde acuñar monedas.

Poco es lo que hay, apenas un murmullo  
entre los que visitan al Oro en la casa de los vientos  
y rezan con un vaso en la mano,  
un vaso con un ojo que se ríe del fin.

Cae la red sobre el ojo en tinieblas  
y los rostros que resisten la luz, no la revelan.  
Atrapados los que están atrapados  
en las ruinas abren la boca para pedir silencio.

Detrás del pensamiento hay un palo quebrado. Un palo que arrastró la corriente hasta los pies de la cama. Los vidrios son retratos donde los muertos preguntan por sus manos. Detrás de los espejos hay otra plantación erizada. Hilos de fuego que pulsan las muchachas en coma. Un túnel lleno de semanas. Un túnel quiere decir túnel, lo que quiere decir cáncer. Invernadero y sed, bolsa marsupial, leche de oído. El hígado habla en las esquinas. Un vino lleno de números. Un saco de hojas secas detrás de la mirada. Una bolsa de té. Un ataúd repleto de ramas. Debajo de la edad están los años muertos. Debajo de la luz los prismas resucitados. Un niño carga un puente que carga a otro niño que no carga nada. El vacío es una enfermedad a la sangre. Decanta como el óxido en las redes de pesca. En todos los armarios hay espectros. En los cajones manos desconsoladas. Las paredes las ha rayado nadie. El otoño tiene muchos nombres. Detrás del pensamiento yo sé quién es nadie.

by your side by a day on  
my in my work.

I repeat to be

to the time of the

my dear

## ALEJANDRA DEL RÍO

*Nació en Santiago en 1972. En 1994 obtuvo el primer premio en el “Concurso de Poesía para Obras Inéditas” convocado por el Departamento Técnico de Investigación de la Universidad de Chile. El mismo año publicó su primer libro, titulado “El Yo Cactus”, ganador del certamen citado anteriormente. En 1998 obtuvo el Premio “Eusebio Lillo” de la I. Municipalidad de El Bosque, por su libro “Escrito en Braille”, publicado el año 1999. Actualmente reside en Berlín.*

## FRAGMENTOS DEL LIBRO “ORÁCULO DE UR”

| 15

1

Ellos te dijeron  
una respuesta no hallarás  
el Hombre nace, sufre y muere  
desde tiempos inmemoriales  
el misterio  
es aún más insondable  
como mujer  
estás protegida  
contienes  
la vida  
aunque no la entiendas  
te dijeron

obediente  
concebiste

el fruto en ti  
fue el adiós a las ficciones  
una muerte a la imagen  
una vida a la materia  
alimento fuiste  
prolongación funcional  
muriendo al ego  
naciste al riesgo.

4

La madre oso sabe cuando llega el momento de  
procrear  
en otoño el oro del esperma  
incuba una semilla en su nido  
todo el invierno espera la semilla para ser fecundada  
cuando la osa despierta la penetra un aliento de vida  
el oseño comienza a desarrollarse  
la osa se estira y engendra.

5

Aquella conclusión de la alternativa  
ahora ya no puedes elegir  
podrías renunciar, oh sí  
podrías renunciar y seguir niña  
podrías renunciar y llevar contigo  
tu aborto envuelto en seda



16 |

¿qué te haría renunciar?  
¿el destino trunco de tu madre?  
¿la fidelidad a tu padre?  
¿el qué dirán de las carnicerías ?  
tú podrías renunciar  
ya no elegir  
y echarte a la espalda un hueco  
que eres tú misma  
un inmenso vacío que es toda la vida que no  
viviste

¿qué te hace seguir adelante?  
¿es sed de experiencia  
huída de ti  
o moral de cartón ?  
tú podrías seguir  
y arrastrar de paso las consecuencias  
aprender todo de nuevo  
una desconocida para ti  
Cuando concluye la posibilidad  
realmente cuando el ser está dentro de ti  
y se hace grande  
sólo te queda  
renunciar a él  
o seguir con él  
ambas acciones carentes de moral

debieras conseguir un lugar deshabitado  
dentro de tu mente  
un lugar que no haya sido colonizado  
incluso despacha sin contemplación  
a Madre Natura y Padre Amoroso  
para tomar la decisión necesitas  
un momento  
a solas con tu muerte.

8

A un hijo de capricho  
amarás tanto  
como a un hijo de casualidad  
y ambos son tan bienamados  
como el hijo de amor

Procura sin embargo  
limpiar tus ansias de atención  
no puedes completar tu persona  
con otra persona  
aun cuando es pedazo de tu carne





tiene otro tiempo  
una porción diferente  
su regalo viene a través de ti  
pero sólo a él pertenece  
el don de la vida  
es bondad del Creador para con nosotros  
somos un medio por el que ELLA  
todo lo realiza

¿quién tiene derecho a la vida  
sino el que usa su poder  
para dar más vida?  
¿quién sufre la vida sino el que tiene  
el privilegio de vivir?

Un hijo de capricho  
Un hijo de casualidad  
Transforma  
En un hijo de amor  
Te harás justicia  
Le harás justicia.



## 14

Nunca has sido mimada  
de verdad  
sólo el hijo te ha dado de mimar  
pero nunca recibiste lo suficiente  
rodeada de adultos apurados  
adultos escondidos  
eran niños también  
jugaron contigo  
mas el mimo te fue negado  
Conociste el cariño de las letras  
el consuelo procedente de las muñecas  
la generosidad de un gato  
el cementerio de polillas y hongos  
pero el craso contacto de tus padres no sentiste  
Entonces no era grave  
ocupada estabas aprendiendo de todo  
la palma de su mano sobre tu frente te bastó  
No extrañabas el amor  
No lo conocías  
el instinto te permitió sobrevivir  
¡ya está! Se acabó  
ya puedes deshacerte de ese mino que no te dieron  
ya puedes ser tu propia madre y tu propio padre  
ya puedes darte lo que necesitas.

| 17

17

Cuando acometiste con ponzoña contra él  
 no querías en verdad envenenarlo  
 sólo tratabas de defenderte  
 Cuando en el lecho cruzaste una espada de dolores  
 no pretendías quitarle el cariño  
 querías sólo volver a establecer tus propias fronteras  
 estirarte en ti  
 en ti recuperarte  
 Cuando parchaste el hoyo de tu abundancia y  
 aserruchaste con ello  
 la mesa del festín de tu cuerpo  
 lo hiciste para no quedar vacía  
 irresoluta en la descomposición de tu carácter  
 Cuando empacaste tus prendas íntimas  
 te encerraste en tus fantasías  
 te escapaste con Onán  
 no buscabas con ello huir de él  
 querías sólo salvarte en secreto  
 regalarte una satisfacción barata  
 ejercer de mujer contigo misma.

20

Tu, primigenia  
 en tu matriz el espíritu implantó vida eterna  
 Tú llevaste a cabo la pulsión de la energía  
 convirtiendo al planeta en un lugar habitable  
 supiste disponer todo sabiamente  
 en un equilibrio de amor alimenticio  
 y fuente de aprendizaje  
 Usaste creativamente tu ser  
 nacieron los hijos  
 una y otra vez fueron naciendo  
 mientras más hijos recibías  
 más hijos entregabas  
 Oh tú, madre natural  
 en ti estamos protegidos

Pero entonces cayó el telón  
la verdad nos fue revelada:  
*el hijo viene del padre y nadie va al Padre si no es por el Hijo*  
La matriz  
que hasta ese momento había sido el misterio  
quedó deshabitada  
Un yermo por el que se paseaba el patriarca conversando con Dios  
Una desolación  
para dar paso a los barbudos dueños de la simiente

Ellos dijeron:  
la simiente entregarás a una matriz escogida  
unión de la que resultará un primogénito  
Además el patriarca contará con innumerables matrices que  
engrosarán su hacienda de pastor  
La ley del padre es tajante  
no admite derroche de la simiente  
sino que cada uno pertenezca a su respectiva matriz  
para que el fruto sea santo y forme parte de la heredad  
no debe haber trasgresión en la simiente

Pero tú seguiste teniendo hijos en secreto  
hijos que trasgredieron la ley del Padre  
Hijos de amor, hijos de despecho, hijos del azar, hijos de Dios, hijos de capricho, hijos de esterilidad, hijos adoptivos,  
hijos heredados, hijos maridos, hijos papás, hijos de violación, hijos de vergüenza, hijos de puta, hijos de  
desaparecidos, hijos ilegítimos, hijos de nadie, hijos de probeta, hijos sicológicos, hijos de papel  
tenías que seguir haciéndolos nacer  
tenías que seguir prestando tu don al mundo  
porque tú materializaste la simiente  
Si  
Tú diste forma humana a la materia  
en tu matriz y sólo por tu esfuerzo  
llegó el Hijo a conocer al Padre

No lo dicen pero lo sabes  
TU SOLA ERES DIOSA EN LA MATERIA  
Tú sola vives y haces vivir  
de los otros dioses escuchamos hablar  
hazañas y promesas  
pero tú sola traspasas intacta las edades  
Eurínome.

Berlín 2004



## PAULA ILABACA

*Nació en Santiago en 1979. Es Licenciada en Letras con mención en Lengua y Literaturas Hispanoamericanas y Profesora de Castellano de la Universidad Católica. Ha participado en los talleres de Sergio Parra, Gonzalo Millán, Paz Molina, Raúl Zurita y Diamela Eltit. Durante los años 2000 al 2002, apareció en diversas revistas literarias en Santiago de Chile, tales como "Mercado Negro", "Matadero", "Estrago", "Derrame" y "Rocinante".*

*El año 2002 fue antologada en "Círculo Infinito" (Editorial Al margen- 2002). El 2003 publicó su libro "Completa" (editorial del Contrabando del bando en contra- 2003). En el año 2004 participó en la antología realizada por Raúl Zurita: "Cantares, Nuevas Voces de la Poesía Chilena" (LOM-2004). En 2005 apareció en la antología "Cuatro Cuartetos: Cuatro Poetas Recientes de Chile", publicada en la ciudad de Buenos Aires.*

# LUCÍA LAS BULLAS

*Paula Ilabaca Núñez.*

| 23

soy una voz soy una  
soy una voz pequeña  
que quiere aprender no  
que quiere  
comenzar a de  
a dejarte no  
que quiere comenzar a decir

esta noche hay  
esta noche hay unas bullas  
esta noche hay unas bullas por construirte amor  
esta noche hay unas bullas  
hay bullas? esta noche?  
puedo decir?  
puedo decir  
lo?  
(con la boca repleta de leche yo hablo?)

lucía era un sueño en donde una manera era padecer sí mi niña mi pedacito carmesí no eras ciudad no

eras piernas eras una vulva hermosa donde un ángel marrón vivía

por qué marrón mamá? por qué marrón si los ángeles son blancos como mis dientes como esas nubes

como mis toallas mamá?

no todos los ángeles se parecen hay un ángel que atrapado en el légamo

te tira figuras de carey hacia el cabello y ese ángel es marrón mi niña ese ángel es marrón

marrón mamá marrón no sé lo que es eso

yo puedo ver lozas puentes edificios torres avenidas en mi sangre mamá

pero acá nada es marrón nada y si yo te digo qué es marrón?

lo sabrías?

me dirías?

yo tuve sueño una vez y caía por una manera caía por lugares sin ley

mamá por lugares de fango y hedor qué dirías si yo te

mamá qué dirías?

no todos los ángeles se parecen no todos mi niña

hay uno marrón que atasca en su forma de sudar en su ciénaga repleta de oro

mamá

yo podría ser hedor mamá?

mamá mamá qué es el oro mamá?

el ángel arranca de mi

sinfonía pobre

ángel marrón ángel marrón

arranca mientras te queden

alas

porque si dejo de escribirte

desapareces

si dejo de escribirte lucía dice si yo dejo

de escribirte yo yo

desaparezco



la posibilidad de ser ciudad ella dijo mi único deseo de ser ciudad es que se me corra  
es que me corra la leche por las calles por estas construcciones lucía dice  
amor amor hay unas bullas cuando pegas amor  
hay unas figuras de carey que se demacran y gritan que me tome mi leche  
ser ciudad sí ser cuidad lucía se estira y dice  
ser ciudad para que se la corra en estos cimientos sí  
ser ciudad para que impacte para que llene de leche y el cemento se chupe solo  
y mi cemento se haga barro y me escupa sí mi amor sí mi niña sí mi pedacito carmesí  
mamá?

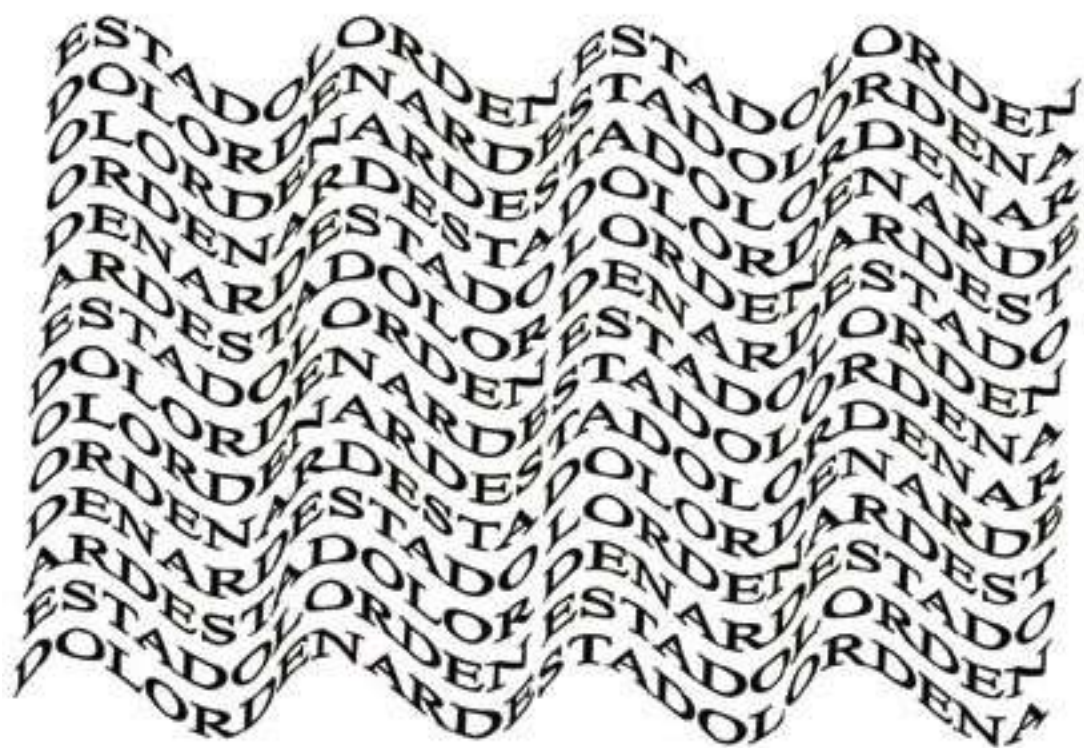
tengo la cabeza llena de bullas y la garganta mamá  
me parece que no he sabido comprender  
las bullas no me dejan ni escribir mamá  
como cuando la boca repleta de leche no me deja hablar  
sí mamá lo mismo de esas veces de beber  
traspaso las maneras del dolor lucía dice  
las traspaso como si fueran como si yo lo quisiera  
hay noches en las que no puedo ni respirar mamá  
hay noches en las que su cuerpo se pega al mío y no hay cómo poder encontrarlo  
mamá si hay olor cómo puede ser que él no esté que se haya ido y tarde en querer volver  
son las bullas mamá yo lo sé son las bullas  
yo podría haber tenido ese oro mamá esa luz o esa negación  
yo podría haber entrado en su llanto para poder  
permanecer lucía dijo  
pero el ángel se puso tosco y no hubo manera mamá no hubo manera  
el ángel ocultó el oro en su respiración el ángel cambió los tonos para amarme cambió  
las formas de entender  
mamá dime yo entiendo?  
si hay tantas bullas yo entiendo?

| 25

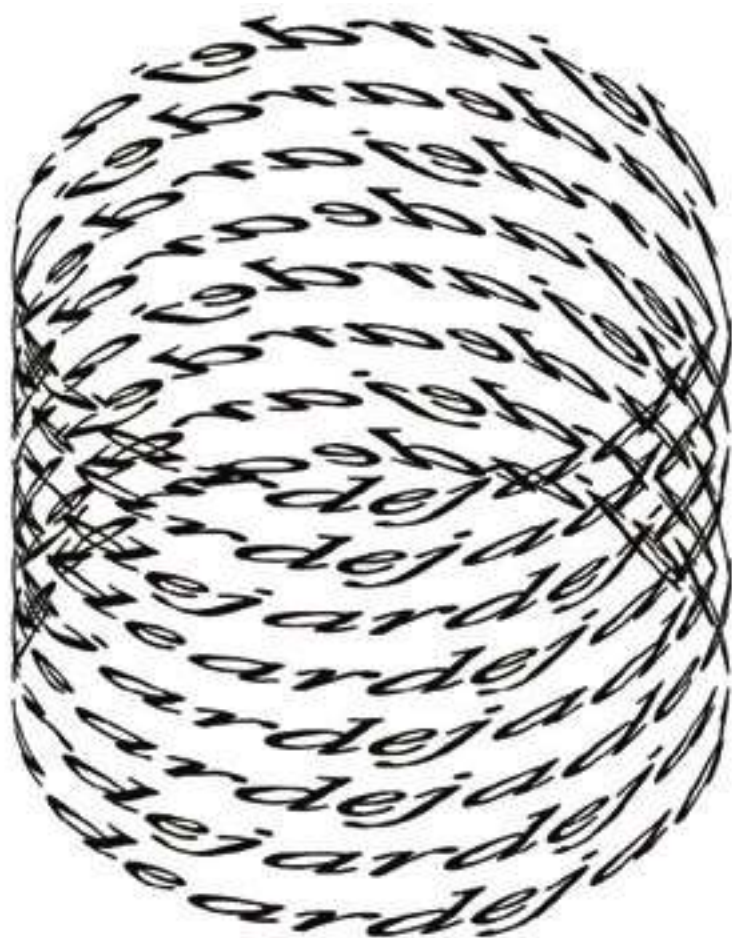
## ANDRÉS ANWANDTER

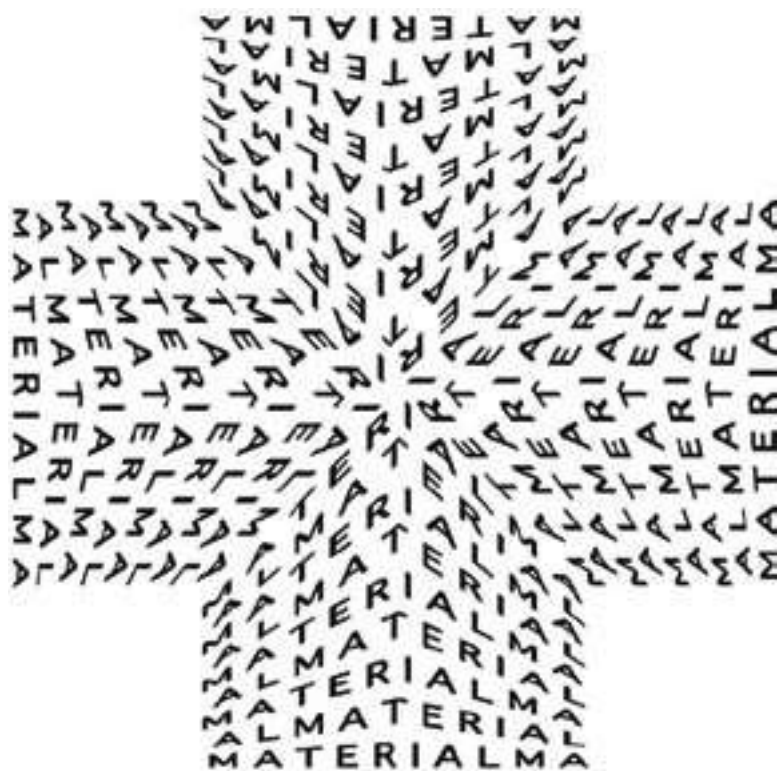
Nació en Valdivia en 1974. Estudió Psicología y Ciencias Políticas. Ha publicado poemas en diversas revistas y antologías, además de los libros de poesía "El Árbol del Lenguaje en Otoño" (1996), "Especies Intencionales" (2001) y "Square Poems" (2002). El libro "Especies Intencionales" obtuvo el Premio Municipal de Poesía del año 2002. Actualmente, es co-director, junto al poeta Alejandro Zambra, de la revista de poesía "Humo". También es miembro

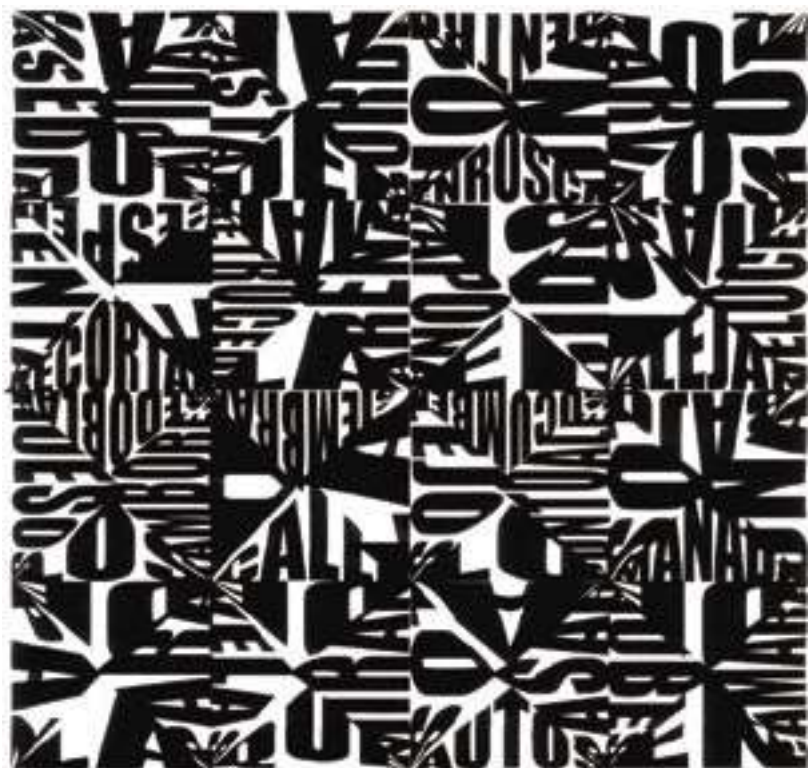
activo del "Foro de Escritores", contexto en el que ha publicado poesía visual en las dos muestras antológicas del colectivo: "Uno" (2004) y "Diez" (2005).





















P L Á S T I C A

---

# el plagio

VISTO POR 9 ARTISTAS

- 01 RODRIGO  
BRUNA
- FILIP  
CARRASCO 02
- 03 PATRICIO  
VOGEL
- MÓNICA  
BENGOA 04
- 05 PABLO  
FERRER
- CONSUELO  
LEWIN 06
- 07 CAROLINA  
HOEHMANN
- ALEJANDRA  
PRIETO 08
- 09 RODRIGO  
SALINAS







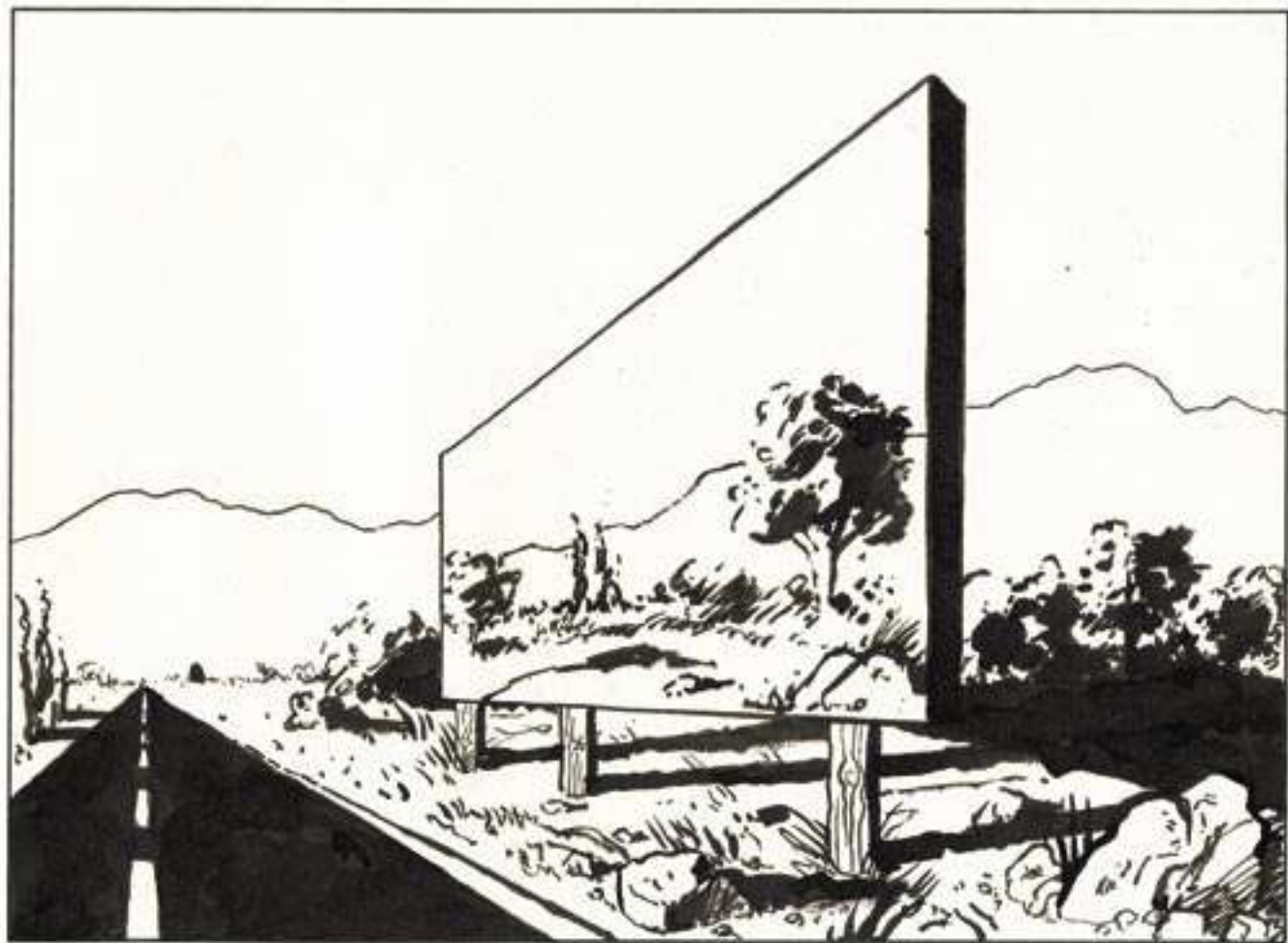
A person wearing a grey long-sleeved shirt and dark blue leggings is kneeling on a light-colored wooden floor. They are applying a piece of light-colored tape to the floor. The tape is being applied in a way that it covers a specific area, likely for protection or marking. The background shows a doorway and some furniture.

Estas áreas se pueden esfraz  
aplicándose una base de tono  
el lugar o la marca y con nado c ante  
los bordes con el to del res de piel.  
En algunos casos se puede e nar has  
áreas mediante una sencilla intervención

*patricia*







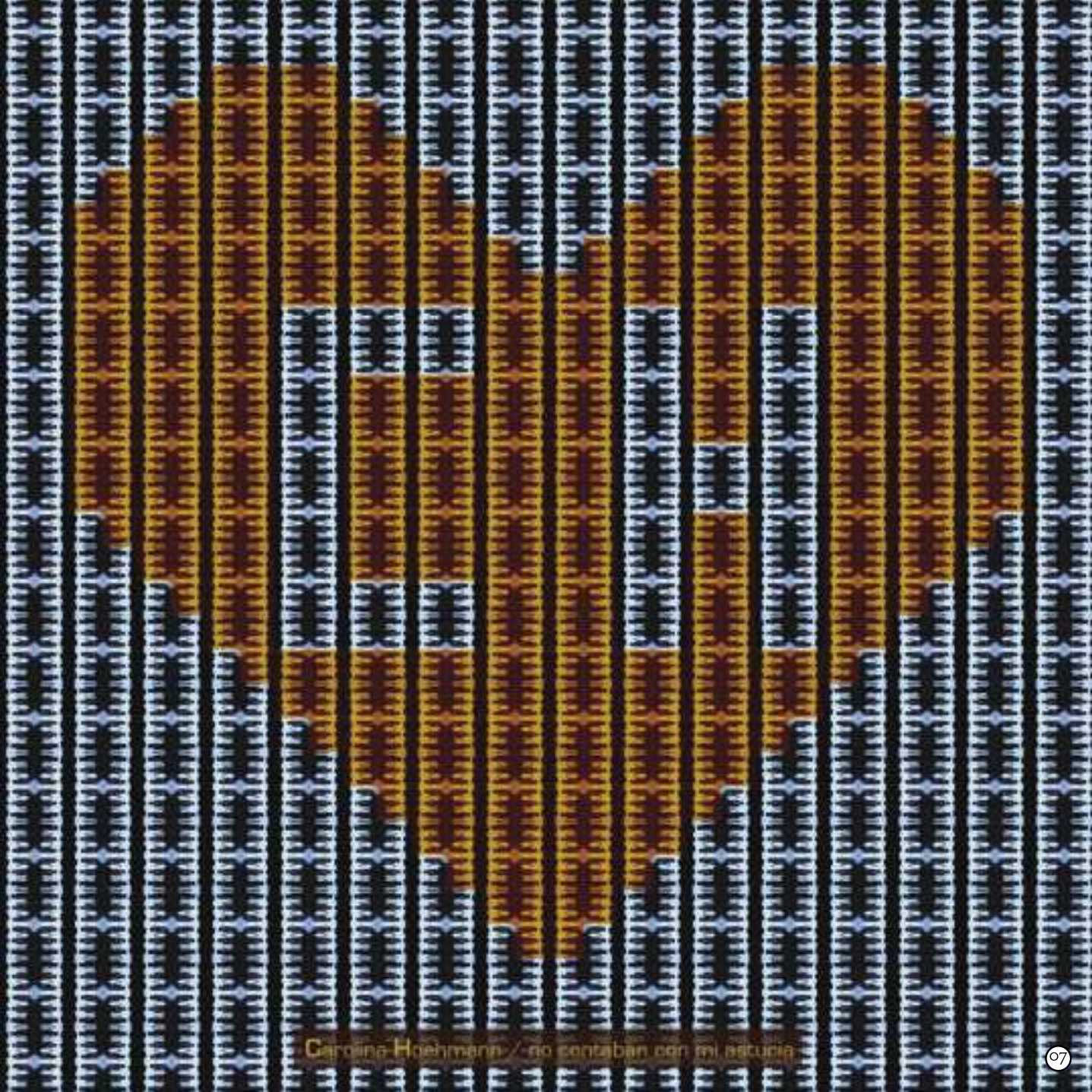
*Todos esos  
momentos se  
perderán en el  
tiempo como  
lágrimas  
en la lluvia*

UN VOYAGE EN MER DU NORD



ERAS P





Carolina Hoehmann / no contaban con mi astucia







Me invitaron a publicar en esta revista, bajo el tema "el plagio".  
Mi idea inicial fue plagiar un dibujo de Themo Lobos  
Citando claramente la fuente

Para que se entendiera como un homenaje y no un ilícito.  
El dibujo que quería "homenajear"

Sale en el capítulo "Mampato y los vikingos".  
Es una alegoría de las deidades vikingas a página completa.

Una ilustración magistral de Themo que me sigue conmoviendo.



Buscando la revista de Mampato,  
encontré también un ejemplar del Príncipe Valiente  
Creado por el dibujante Hal Foster en 1937.  
Ojeándolo descubro una imagen que me parece familiar:  
Una alegoría de las deidades vikingas a página completa  
Miro nuevamente el dibujo de Themo Lobos,  
Enfrento ambas ilustraciones.

Ahí están, dialogando una con otra  
Se conocen, se parecen, una como un déjà vu de la otra.  
No son iguales ciertamente pero la de Themo,  
Temo que es posterior.

Ahora cuando haga una tercera versión de este dibujo  
No sentiré que estoy cometiendo un delito  
Además yo creo que este crimen ya esta preescrito.

### **RODRIGO BRUNA**

Nació en Santiago en 1971. Es Licenciado en Artes Plásticas y Magister en Artes Visuales por la Universidad de Chile. Realizó estudios en la Academia de Artes de Düsseldorf entre los años 2002 y 2004. Entre sus exposiciones se destacan “Im Volumen glauben wir an Gegengewicht” (Galería Kunstraum, Düsseldorf, 2005), “Medidas Transitorias” (Galería Gabriela Mistral, Santiago, 2004), “108 Puzzlespiele” (Museo de Arte Contemporáneo, Santiago, 2004) y “Vor Ort” (Galería Garash, Ciudad de México, 2004).

### **FILIP CARRASCO**

Nació en Praga, República Checa, en 1982. Actualmente vive, trabaja y estudia en Santiago. Cursa el cuarto año de Licenciatura en Artes Visuales en la Universidad Arcis. Ha expuesto en diferentes lugares desde el año 2004, con trabajos que giran en torno al medio audiovisual. Este año obtuvo el premio nacional FONDART para la realización de “MALOS”, una instalación itinerante en video.

### **PATRICIO VOGEL**

Nació en Santiago en 1971. Es Licenciado en Artes con mención en Pintura por la Universidad de Chile y Magister de Artes Visuales por la misma casa de estudios. Actualmente se desempeña como docente en la Universidad UNIACC. Entre sus exposiciones y trabajos destacan “Patricia, la Fascinación por el Decorado Epidérmico”, “Todo Comienza en Casa”, Fulbelt, Variaciones de la Contemplación”, galería GAC, Talca, Chile; Fulbelt, archivo plataforma galería Gabriela Mistral, Santiago, Chile. Ha obtenido la beca Fondart en dos oportunidades (1998 y 2000), el

primer lugar del concurso de Arte Público del MOP, Colegio JEFK, Calama, en 2002, y la Beca de creación Fundación Andes.

### **MÓNICA BENGEOA**

Nació en Santiago en 1969. Es Licenciada en Arte con mención en Grabado en la Escuela de Arte de la Universidad Católica de Chile, donde trabaja como docente desde 1993. Entre sus exposiciones recientes se encuentran “Travesías Asia Pacífico” (Museo de Arte Contemporáneo de Corea, Seúl, 2005), “Project of a Boundary, Portable Affairs” (Artspace, Sydney, Australia, 2005), “The Color of the Garden” (Galería Latincollector, Nueva York, Estados Unidos, 2004); “Enero, 7:25” (Galería Gabriela Mistral, Santiago, 2004), “Biennale Internationale de la Photographie et des Arts Visuels de Liège” (Musée MAMAC, Liège, Bélgica, 2004) y “Up and comino” (ARCO, Madrid, España, 2004). Ha recibido las becas Fondart (2004), Dirac (2005) y de la Fundación Pollock – Krasner (2003–2004). Fue nominada al Premio Altazor en 2004.

### **PABLO FERRER**

Nació en 1977. Vive y trabaja en Santiago de Chile. Es Licenciado en Artes Visuales y Magister en Artes Visuales por la Universidad de Chile. Se desempeña como profesor en la Universidad Vicente Pérez Rosales y como ayudante en la Universidad de Chile. Entre sus exposiciones destacan “Cartografías del deseo” (Matucana 100, 2002), “Escenográfica” (Muro Sur, 2003), “Épico” (Gabriela Mistral, 2004), “Mimesis” (Cecilia Palma, 2005), “Apetito de destrucción” (Animal, 2005). Ha obtenido la beca Fondart en dos ocasiones.

### **CONSUELO LEWIN**

*Nació en 1970. Entre sus exposiciones más recientes destacan “Orden y Correspondencia”, (Sala Gasco, Santiago), “Cambio de Aceite” (MAC Santiago), “La Mirada Austera” (Corporación Cultural de las Condes, Santiago), “Cadáver Expuesto” (MOPT, Mar del Plata, Argentina), “Seascape” (exposición individual, Centro de Extensión Universidad Católica, Santiago). Ha obtenido la beca Fondart en los años 1998, 1999, 2002 y 2004.*

### **CAROLINA HOEHMANN**

*Nació en Santiago en 1978. Es licenciada en Artes Visuales por la Universidad Católica de Chile. En la realización de sus trabajos toma la imagen fotográfica como técnica para sus obras. A través de la serialización y repetición constante de las imágenes, produce montajes en los cuales por medio de una estructura de reordenación matemática aparecen nuevas formas gráficas. Desde marzo de 2002 trabaja como asistente del área de artes visuales del Centro Cultural Matucana 100. En 2005 obtuvo la beca Fondart para la realización del proyecto “Intimidad Pública”.*

### **ALEJANDRA PRIETO**

*Nació en Santiago en 1980. Estudió Artes Visuales en la Universidad Católica y luego un Magíster en Artes Visuales en la Universidad de Chile, para el cual obtuvo una beca Fondart. Ha realizado varias exposiciones colectivas y el año 2005 montó su primera muestra individual, titulada “Gretel”, en la Galería de Arte Contemporáneo “Die Ecke”. Además, escribe críticas de arte en la página web [www.arteycritica.cl](http://www.arteycritica.cl).*

### **RODRIGO SALINAS**

*Nació el 1 de febrero de 1975 en Santiago de Chile. Es licenciado en Arte de la Universidad de Chile. Actualmente, es dibujante de “Canal 76” en El Mercurio, realizador y guionista de “31 minutos” y editor del colectivo “La Nueva Gráfica Chilena”.*

## ALEJANDRA COSTAMAGNA

*Es escritora y periodista. En 1996 publicó la novela “En Voz Baja” (Lom), con la que obtuvo el primer lugar en los Juegos Literarios Gabriela Mistral. En 1998 publicó su segunda novela, “Ciudadano en Retiro” (Planeta), que fue traducida al italiano con el título de “Café Royal”. Dos años más tarde publicó el libro de cuentos “Malas Noches” (Planeta), nominado al premio Altazor y editado en Italia con el título “Certe Notti”. Su tercera novela, “Cansado Ya*

*del Sol”, estuvo entre las cinco finalistas del Premio Planeta Argentina y fue publicada en 2002 por dicha editorial. Cuentos suyos han sido llevados al teatro y compilados en diversas antologías, como “Salidas de Madre” (1997), “Relatos y Resacas” (1998), “Voces de Eros” (1998), “Líneas Aéreas” (1999), “Con Pasión” (2000), “Se Habla Español” (2000), “Historias de Mentes” (2001) y “Uno en Quinientos” (2003). Como periodista ha trabajado en*

*diversas publicaciones culturales, como las revistas “Rocinante”, “Gatopardo”, “Letras Libres Interactivas” y “Rolling Stone”. El año 2003 obtuvo la beca del International Writing Program de la Universidad de Iowa, Estados Unidos. Acaba de publicar el libro de cuentos “Últimos Fuegos” (Ediciones B).*



## LA EPIDEMIA DE TRAIGUÉN

*Alejandra Costamagna*

La muchacha, dicen, es muy pero muy loca. Se llama Victoria Melis y ha llegado a Japón como llegan los desaconsejados, los que andan un poco perdidos: siguiendo a un hombre. Él, Santiago Bueno, es oriundo de Traiguén y está en Kamakura por negocios. Es un experto en pollos y lo que hace en Kamakura es persuadir a su cartera de potenciales clientes para la compra de pollos de altísima calidad. Pollos de exportación, que no son alimentados con pescado ni inflados con hormonas y que tienen una muerte no digamos dulce pero en ningún caso estresante. Hay una epidemia local, sin embargo, una epidemia que afecta sólo a los pollos de Traiguén y que cada cierto tiempo amenaza las negociaciones de las empresas avícolas. Santiago Bueno, gerente de Pollos Traiguén Ltda., debe tomar las mayores precauciones acerca de este punto. Cuando los pollos son contagiados se debilitan, enflaquecen,

se ponen muy feos. Es como si de golpe fueran afectados por una depresión crónica. Ése es el único síntoma. Y un día cualquiera caen muertos.

Pero el episodio de Victoria y Bueno comienza antes. Cinco o seis meses antes. La muchacha tiene entonces diecinueve años y unos ojos muy grandes y separados. Parece que sus orejas fueran unos remolinos que se los van a chupar. Que se van a chupar sus ojos. Victoria es secretaria, pero hasta entonces no ha ejercido su oficio. En realidad, nunca ha ejercido ningún oficio rentable. La herencia de sus padres, muertos en un accidente ferroviario, le permite vivir con ciertas comodidades. Pero hace unos días ha visto un aviso en el diario y ha llamado por teléfono para preguntar por el puesto de secretaria. Sin mayores trámites, ha conseguido un empleo en Pollos Traiguén Ltda. Hoy, lunes 23 de marzo, es su primer día de trabajo. Al salir

de su departamento, esta mañana, ha tropezado con un coche doble de bebés y se ha torcido un pie. Guaguas, guaguas, no tienen otra cosa que hacer las guaguas, ha pensado mientras la madre de las criaturas ofrecía sus disculpas e intentaba aplacar el doble llanto de sus gemelos. Cojeando y malhumorada, ha llegado al trabajo. Y ahí está



ahora, con el pie resentido y una emoción vertiginosa. Es algo instantáneo: Victoria ve a Santiago Bueno y queda prendada, se diría que ciega por aquel hombre de voz áspera, que sólo fuma tabaco negro. Victoria es una mujer de emociones violentas y muy fugaces. Dicen que es muy pero muy loca, pero también se podría decir que es fatalmente enamoradiza y punto.

La muchacha se presenta: hola, vengo por el aviso. ¿Qué aviso? El del puesto de secretaria, nosotros hablamos el viernes, ¿te acuerdas? Ah, sí, señorita Véliz, está un poco retrasada usted. Soy Melis, señor, no Véliz. Melis, muy bien, señorita Melis, ése es su escritorio, en la carpeta tiene la agenda de hoy, hasta luego y más puntualidad, ¿okey? Victoria cumple la agenda de hoy, llama a veinticuatro clientes, atiende treinta y nueve llamados, se desconcentra pensando en lo atractivo que es Santiago Bueno, toma un café con cuatro cucharadas de azúcar, sigue la agenda de hoy, llama a ocho clientes (uno de ellos sólo habla inglés: ella corta de inmediato la llamada), piensa en los malditos bebés del coche, en todos los malditos bebés, intenta imaginarse como madre, se ríe de la estúpida ocurrencia, sigue con la agenda, recibe un llamado en inglés, hello,

excuse me, it is a mistake, mister, desconecta el teléfono, escucha una risa de Santiago Bueno al otro lado del muro, se desconcentra pensando en Bueno, no puede pensar en otra cosa la muy enamoradiza, se acerca al muro y lo escucha toser, lo imagina, fantasea, se obsesiona con el gerente de Pollos Traiguén. A eso de las siete, cuando el hombre sale de su oficina, Victoria ya tiene el beso listo en la boca. Están solos en la sala de recepción de la empresa. El hombre se sorprende, pero también se deja besar. Es una tarde soleada de otoño en Santiago de Chile y el empresario y la secretaria pasan las siguientes horas en un motel de calle República.

Al final de la jornada -de la diestra demostración sexual de la muchacha, más bien, que ha incluido perritos, paraguayas y felatios- el hombre fuma un cigarrillo negro y habla con voz áspera. Victoria lo escucha en silencio, muy atenta, porque no hay nada que le excite más que oír a un hombre hablando de sí mismo. “Yo entro al hotel de Montevideo y en la recepción un tipo me aborda”, recuerda Bueno en voz alta. “Claramente me ha confundido con otro y entonces me pregunta si conozco a Santiago Bueno. Por bromear, no sé, yo le digo que no, que no lo conozco. Entonces el tipo

se pone a hablarme de Santiago Bueno, de mí, durante veinte minutos. Lo simpático, oye, es que el tipo no admiraba mis pollos: me admiraba a mí, ¿comprendes qué extraordinario?. La muchacha, que no comprende qué tiene eso de simpático ni de extraordinario, va a besarlo otra vez. Pero él interrumpe el movimiento con una mueca de disgusto y sigue hablando varios minutos más sobre el tipo que una tarde en Montevideo le habló de Santiago Bueno a él, precisamente a él, ¿comprendes qué cosa más perturbadora? Fuera de sus palabras y de un par de quejidos gozosos que cada cierto rato se filtran a través de los muros, la habitación de calle República es un sitio muy silencioso. A Victoria le parece un templo.

La mujer imagina que a partir de entonces todo será felicidad. Pero está muy equivocada. La escena de República se repite seis o siete veces y una mañana en que han caído muertos cinco pollos en Traiguén –cinco pollos gordos, carnosos, de las mejores aves de la zona– Santiago llama a Victoria a su oficina y la despide de la empresa. Está despedida, le dice. ¿Por qué?, pregunta ella. Porque sí, argumenta él. Ésa no es una razón, reclama. Aunque su voz no suena todavía como un reclamo, porque hasta ese momento

la muchacha piensa que lo que escucha es una broma, que el amante le está tomando el pelo. No tengo por qué darle razones, abre camino el gerente. Recién ahí Victoria cae. Y ahora le rogaría..., murmura él. No alcanza a terminar la frase cuando la mujer ya está encima suyo, casi. ¿Y ahora me dices usted, Chago? ¿Y ahora me echas? Pero, ¿qué te ha pasado? No me ha pasado nada, señorita Melis. Usted no es lo que necesita la empresa y ya. ¿Me haría el favor de cerrar la puerta exteriormente? ¡Qué puerta ni qué nada!, exclama la mujer fuera de sí. Pero el hombre sella su boca con un manotón y le dice algo al oído. Debe ser algo muy duro porque la muchacha sólo atina a decir, a murmurar apenas: eres un concha de tu madre. Y se va.

La verdad es que Santiago nunca estuvo enamorado de Victoria. La verdad de la verdad es que Santiago nunca estuvo –hasta hoy– enamorado de nadie. La muchacha retira sus cosas (un florero, la foto de su abuelo materno, un par de artículos de escritorio: nada de vida o muerte) y no vuelve más a la oficina. Una semana después se acerca al teléfono que no ha querido mirar siquiera y disca el número de Pollos Traiguén. Pollos Traiguén Limitada, good

morning, escucha una voz femenina como de flauta al otro lado del teléfono. Dame con Chago, ordena Victoria. Lo más posible es que la nueva secretaria piense que se trata de la mujer del jefe, de otro modo no se explica que comunique el llamado al gerente de la empresa así, sin previo aviso y en español. Tiene una llamada en la línea uno, don Santiago, anuncia. El hombre apenas ha dicho aló cuando escucha el reclamo destemplado de Victoria al otro lado de la línea: ¿Tú pretendes que te olvide?, intenta controlar una rabia muy afilada. Olvídeme si quiere, lo que le digo es que no me llame más. Ah, qué fácil, reclama la muchacha: o sea que se acabó y calabaza calabaza, intenta ser irónica. Veo que ha entendido, responde secamente él. De eso ni hablar, ataca ella. Las cosas no se acaban así, reclama. Lo lamento, insiste Santiago. Si me permite..., balbucea. ¡Al menos tutéame, pues!, pierde la paciencia la mujer. Y entre los saltos propios de un llanto muy quejoso, va soltando frases dramáticas, escuchadas posiblemente en alguna comedia. Frases como: yo te voy a amar toda la vida. O, más humillada: voy a ir contigo hasta el fin del mundo. O, peor aún: un día te vas a dar cuenta al menos de que necesitas mi sombra. Santiago Bueno mueve la

cabeza de un lado a otro, con el gesto flemático de los padres frente a una payasada de su crío. De inmediato acerca su boca al auricular y responde calmadamente: cállate, pendeja, no sigas diciendo huevadas. Entonces corta. En ese instante se alza en la habitación una carcajada ronca, como de jactancia: un sonido semejante al descorche de una botella guardada hace demasiado rato.

Poco después de esa llamada, Victoria se entera de que Pollos Traiguén Ltda. abrirá una sede en Kamakura y que su gerente se trasladará a Japón. La muchacha herida –y dicen que muy pero muy loca– ha coleccionado todos los objetos que marcaron los dos últimos meses de su vida (ella, en realidad, siempre ha coleccionado todo) y al enterarse del viaje no lo piensa más. Esa misma noche abre las fauces de una maleta café oscura heredada de su abuelo y echa adentro lo que encuentra más a mano. Facturas de la empresa avícola, colillas de cigarros negros, boletas del motel de calle República, una corbata olvidada por Santiago en la oficina, varios lápices secos, un Bic azul en buen estado, un carné vencido de Metro, cuentas de teléfono, de agua y de luz, reclamos para Vía Directa, un sacapuntas, una cucharita de café para enroscarse las pestañas o comer

yogur, recortes de noticias agrícolas de un diario de la Séptima Región, su licencia de conducir y un cenicero de cerámica picado en una esquina. Cuando termina de empacar siente que camina con la brújula chueca. Es como si hubiera estado conversando con todas las edades que tuvo durante los últimos meses. Pero Victoria tiene entonces diecinueve años y está dispuesta a seguir a Santiago Bueno al mismísimo Japón.

Así lo hace. Victoria Melis está ahora con su maleta café en la calle Yuigahama, en Kamakura, muy cerca de la capilla del calvario. Justo al frente suyo un cartel anuncia: \_\_\_\_\_. Victoria saca su diccionario básico de español-japonés/japonés-español y, tras un arduo ejercicio de traducción, logra resolver el misterio: “Aquí se ofrece el servicio de purificar vehículos nuevos”, dice el cartel. En ese instante se le ocurre que saber o no japonés da más o menos lo mismo. La muchacha ha venido a Kamakura con el dato de una agencia de empleos para extranjeros, y tiene suerte. El primer día es contratada como cuidadora de niños en la casa de una argentina llamada Elsa Aránguiz. La mujer es viuda, ha estado esperando a una criada de habla española por más de seis meses y Victoria Melis le parece un ángel caído del cielo.





O quizás sólo un alivio, pero eso ya es bastante en Japón, con un paupérrimo dominio de la lengua local, un crío de ocho meses (Faustino júnior), una viudez reciente (poco más de un año: un infarto de Faustino padre y adiós) y una rutina diaria que responde más a la inercia generalizada que a un proyecto sólido de vida. Desde el primer minuto, al salir de la agencia de empleos, las mujeres entablan una especie de amistad. ¿Por qué estás acá?, pregunta Elsa Aránguiz con el bebé en brazos. Porque mi abuelo nació acá, miente Victoria y recoge la muñeca de porcelana que ha caído al suelo. ¿Dónde la compró?, pregunta, intentando cambiar de tema. ¿Qué cosa? La muñeca. Ah, la muñeca es de Nara, responde la argentina. ¿Bonito Nara? Muy bonito, divino. ¿Quiere que le tenga al niño?, se ofrece con amabilidad. No, no todavía..., responde la patrona. Y no heredaste ni un rasgo oriental, qué suerte la tuya. ¿No le parezco japonesa?, se atreve a insinuar Victoria. Ahora que lo decís, puede ser, miente esta vez la argentina. O quizás sólo quiere calentar el ambiente, asentar el vínculo en la amabilidad. A Elsa le simpatiza sobremanera la muchacha; la ve como a una sobrina. O, incluso, como a una hija. ¿Te gustan los chicos?, indaga.





Los adoro, señora Elsa. Decime Elsa a secas, por favor. Elsa a secas, repite Victoria. Ambas se ríen.

Al principio las mujeres pasan el día entero hablando en español. El idioma japonés es una dificultad suprema, una cosa infinitamente estresante, y eso acerca cada vez más al par de sudamericanas. Elsa le enseña a manejar su Suzuki, que en realidad es como cualquier auto japonés exportado a Chile y al resto del mundo. Victoria es muy hábil como conductora y mientras maneja (a la tercera lección, pongamos), sin desviarse de la ruta señalada por Elsa, le

habla de sus padres muertos en un accidente ferroviario, de su falso abuelo japonés, de sus estudios de secretariado y de la idea de viajar a Japón para conocer sus ancestros orientales. No le habla de Santiago Bueno, de los pollos de Traiguén ni de su aflicción amorosa. Elsa, en cambio, sentada en el asiento del copiloto con el niño en brazos, le habla muy detalladamente de su llegada a Japón, del empeño de Faustino por instalar una empresa de turismo en Kamakura, del nacimiento con método natural (en el agua, sin anestesia y en posición vertical la madre)

de Faustino júnior, de la muerte repentina de Faustino padre, de la dificultad emocional de regresar a la Argentina viuda y madre, del extraño carácter del bebé. ¿Extraño por qué?, pregunta Victoria. Yo lo veo muy normal, yo ya quisiera uno así. ¿Querés un bebé? No, pero si lo tuviera, digo. ¿Qué tiene de extraño, dígame usted?, insiste la muchacha, doblando hábilmente hacia la derecha desde la pista izquierda de la calle Sakanoshita. Nada, nada, es muy tranquilo no más. Y, sí, la mujer tiene razón. Es cosa de mirarlo. Tranquilo es poco decir: cualquiera diría que aquella criatura contemplativa se eterniza en una dimensión zen.

Así transcurren las primeras semanas. Cuando Elsa sale de compras o duerme o no está a la vista, Victoria aprovecha de revisar diarios o de ver la televisión en búsqueda de alguna milagrosa señal, un rastro cualquiera de Santiago Bueno y sus pollos en Kamakura. Evidentemente fracasa en su empeño: es muy poco probable que el hombre aparezca así, como quien publicita refrigeradores Mademsa, frente a una pantalla o en algún folleto del periódico. Y aunque apareciera, Victoria se pregunta si sería capaz de distinguirlo entre tanto ideograma japonés. A veces la muchacha

despierta con recuerdos muy frescos: la oficina de pollos en Santiago, el motel de calle República, las carcajadas secas del hombre bebiendo pisco sour y hablando de sí mismo. Entonces le dan ganas de salir a la calle e interrogar a la gente. ¿Conoce usted, señora, a Santiago Bueno? ¿Lo ha visto por acá? ¿Ha comido un pollo del sur de Chile? Pero se aguanta, se controla. Y con el control va perdiendo paulatinamente el entusiasmo y la vitalidad iniciales.

Elsa Aránguiz comienza a notar rara a muchacha. Te veo decaída, le dice, como medio apagada. Y sin esperar respuesta ni darle demasiadas vueltas, atribuye su comportamiento a la dificultad idiomática y la inscribe en un curso de japonés. Pero antes toma una decisión: en esta casa no se habla más español, dictamina. De otro modo jamás vamos a aprender el idioma. Y tenés que salir a la calle, Vicky, el idioma no se aprende entre cuatro paredes. Pero yo..., murmura Victoria. Pero nada, niña, estoy tratando de ayudarte. Y así se hace: contrata a una maestra particular que viene a la casa dos veces por semana y desde aquel día los diálogos en español se limitan a lo mínimo. La muchacha estudia las lecciones, cuida a Faustino, lo sube al Suzuki, lo lleva a la costa, a Enoshima,

al templo de Hachiman, sigue estudiando y abanicándose en el parque, mira al niño quieto como estatua, vuelve a las lecciones y se aburre soberanamente bajo el sol de Kamakura. Si al menos hablaras, guagua, increpa a Faustino. Me voy a volver loca, loca. Dime algo, mocososo, le ruega. Pero el mocososo, muy zen, respira, duerme: se deja estar en su coche japonés.

A partir de ese momento la muchacha comprende que su regreso a Chile es inminente. Pero el viaje no puede haber sido en vano, se dice. Entonces decide escribir una carta a Santiago Bueno y hacérsela llegar a través de algún periódico local o de un servicio de rastreo o, quizás, de la Agencia Nacional de Policía de Japón. O, no, mucho mejor: a través de la embajada de Chile en aquel país. Una tarde, sentada con Faustino en un banquito frente al templo, estudiando las mismas lecciones de japonés básico de hace dos semanas, saca de su cartera una libretita y un lápiz Bic traídos de Santiago. Comienza a escribir la carta. Me has sacado, me has saqueado todo el tiempo, escribe. Y eso es lo único que se le ocurre. Por un minuto tiene la idea de escribir en japonés, pero la verdad es que a estas alturas sólo ha aprendido una

frase romántica y ya la olvidó. Era algo así como eres todo para mí. O todo lo tuyo está en mí. Y aunque recordara la frase exacta en japonés, sería un disparate decirle eso, porque él es todo para ella, sí, pero todo también puede ser la muerte. La muchacha deja el lápiz con la punta desnuda sobre el papel, esperando la sagrada inspiración en su lengua natal. Inútil: ninguna letra más acude en su ayuda. Dame una idea, guagua, le habla al niño. Pero el niño, siempre zen, nada.

Victoria vuelve al auto con el crío dormido y lo deposita en su sillita japonesa. En ese momento, cuando ha abrochado el cinturón de seguridad y está prendiendo el motor de partida del Suzuki, ocurre lo inesperado. El milagro, podría pensarse, porque en ese preciso minuto Victoria ve la figura de Santiago Bueno pasando frente a ella. El hombre ha salido de una casa de té y ahora cruza la calle, emitiendo una carcajada ronca, y camina sin apuro hacia el próximo semáforo. El hombre no está solo: lo acompaña una mujer que Victoria supone japonesa. Una geisha, piensa (aunque no sabe si las geishas existen todavía). Esto es mucho para la muchacha. Me has sacado, me has saqueado, repite en su cabeza perdida mientras improvisa un estacionamiento veloz, apaga o

prende o pone en punto muerto las luces del auto, baja como una bala, da un portazo y corre detrás de la pareja. Sigilosamente los sigue una cuadra completa. Los ve doblar por una callecita de baldosas nacaradas, bamboleándose juntos al caminar, abrazando él a la japonesa por la cintura. Y al fondo de la callecita los divisa entrar a un edificio con un letrero de neón en japonés y en inglés: Yashiro Hotel. Ahí se pierden de vista. Victoria se acerca a la puerta del recinto y espera. No sabe bien qué hacer. No atina a nada. Se apoya en un farol de madera y así, muy quieta, intenta imaginar lo que ocurre al interior de cada habitación del hotel. De golpe, por la ventana del tercer piso a la izquierda ve aparecer la silueta de una mujer. Es ella, claro que es ella: Victoria podría jurar que es la misma japonesa que acompañaba a Santiago hace un rato. Un hombre, un hombre que ahora sí es cien por ciento Santiago Bueno, se acerca a la mujer oriental y cierra la cortina abruptamente.

La vista de Victoria está fija ahora en la ventana iluminada. Pero se diría que sus ojos están un poco ciegos. O están, más bien, en el pasado. Abruptamente todas las imágenes se atropellan en su cabeza como ocurre, dicen, minutos antes

de morir. La mujer no sabe si es rabia, tristeza o preludios de muerte lo que la invade. En su cabeza aparece el hotel de calle República. Santiago en el hotel de calle República. Lo ve de espaldas, frente a ella, arriba de ella, adentro. Lo escucha hablar y arrojar esas carcajadas ásperas mientras fuma. Santiago Bueno, imagina, debe estar contándole a la geisha o a la puta japonesa la historia del tipo en el hotel de Montevideo que hablaba de Santiago Bueno, que le hablaba a él, precisamente a él de él mismo, ¿comprendes qué extraordinario, qué simpático? Santiago debe estar amasando en este instante esos pechos de muñeca amarilla, de muñeca de porcelana o quizás de greda, se retuerce la muchacha enamoradiza desde las baldosas nacaradas de la calle. Durante las cuatro horas de espera la luz ambarina de la ventana no pierde su brillo. La muchacha, en cambio, parece apagarse en su llama. No hay nada que hacer: nadie va a salir en los próximos minutos de aquel cuarto de hotel oriental.

Victoria desanda la ruta con pasos lentos. Su cabeza está ahora en cero. Ni en español ni en japonés ni en jerigonzo: en cero. Sólo al llegar al Suzuki parece recuperar los pensamientos. Y lo que piensa es una obertura de lo que ocurre a

continuación. Recién entonces recuerda que ha dejado al bebé adentro del auto. La muchacha abre con prisa y lo ve: la cara de Faustino no está marcada a esta hora de la tarde por la expresión zen de siempre. El niño está pálido. Más que pálido: blanco, inmóvil y tieso. La mujer recae en el horno que es el auto con la calefacción encendida al máximo. No sabe cómo puede haber ocurrido esto. No lo puede creer, no puede ser cierto, pero la verdad se impone: las cuatro horas ahí adentro, sin aire y con semejante calor, han matado al niño. La muchacha comprende horrorizada lo que ha hecho. Entonces deja el cuerpito blanco y sin vida ahí mismo y regresa corriendo al hotel Yashiro. Entra sin mirar a nadie, sube los tres pisos por la escalera de mármol y llega hasta el cuarto de la ventana iluminada aún en tonos ambarinos. Me has sacado, me has saqueado, se dice como en un rezo mientras golpea la puerta y espera muy firme, en posición de alerta. Alguien abre (la furia la ha cegado y no le permite ver si es ella o él) y la muchacha irrumpe en la habitación. Santiago Bueno la mira desconcertado. Victoria quiere matarlo, está vuelta loca. Anata wa douka shite imasu, dirán luego en Kamakura: muy pero muy loca. Sin embargo,

la japonesa no es un pajarito nuevo y se antepone a los hechos: con una violencia inesperada, se lanza sobre la muchacha y la derriba. Victoria intenta defenderse, pero de alguna parte –nunca se sabe con una mujer enfurecida– la japonesa saca un cuchillo y se lo entierra a la chilena en el estómago. La muchacha se desploma como un pato recién cazado. Como un pollo afectado por la epidemia de Traiguén. Es fea la escena: hay mucha sangre en ese cuarto de hotel japonés. No sabemos si la mujer que ahora toma un quimono y comienza a vestirse ha querido o no matarla, pero el hecho es que Victoria no se mueve. Santiago Bueno se acerca al cuerpo sangrante, lo sacude, le grita algo. Luego se da vuelta y le habla a la japonesa, acaso una prostituta muy precavida y no una geisha cualquiera. Le dice pero qué chucha hiciste. Kimi wa hitogoroshi desu, le dice. Watashi wa hitogoroshi desu, corrobora la japonesa con el cuchillito caliente en sus manos. Sus palabras suenan afónicas, la cuerda de un koto desgarrada en medio de un concierto. Santiago, cosa extraña, se echa a llorar como un crío sobre el hombro de la japonesa.

Crimen pasional en el Yashiro Hotel. Así corren los hechos por la ciudad. Pero la noticia

que acapara el titular de los periódicos de la tarde es la del bebé muerto por asfixia adentro de un vehículo. Y es curioso, porque por algún error de reporte, por mala información o por simple errata, la prensa otorga maternidad a Melis Victoria, inmigrante de nacionalidad chilena, sobre el bebé de diez meses muerto adentro de un vehículo Suzuki azul del año 2000, en una solitaria calle de Japón.



## PATRICIO JARA

*Nació en Antofagasta en 1974. Ha publicado las novelas “El Sangrador” (Alfaguara, 2002), con la que obtuvo el premio del Consejo Nacional del Libro; “De Aquí Se Ve Tu Casa” (Alfaguara, 2004) y “El Mar Enterrado” (Seix Barral, 2005). Es periodista y escribe reportajes para las revistas “Fibra” y “El Sábado” de El Mercurio.*

## VARIACIONES EN ROJO

*Patricio Jara*

EN LA CIUDAD DEL DUQUE DE PARMA,  
A DIEZ Y OCHO DÍAS DEL MES DE NOVIEMBRE  
DEL AÑO DE NUESTRO GLORIOSO SEÑOR JESÚS CRISTO DE 1845.

Mi muy estimado aunque formalmente desconocido Achille:

Con el respeto debido y profundísimo, amén de la notable solemnidad que el sencillo merece, me atrevo a escribir esta carta. Por más que el temor y la vergüenza amenacen con hacerme alejar la pluma del papel, no he podido yo, Gabriele Ferrigno Chiarello, natural de Toscana, médico cirujano y asistente de cátedra en la Facultad de Medicina de la Universidad de Parma, contravenir el impulso ni el deber que me ha sido encomendado no sin grande urgencia.

Fuerte es la inquietud que soterra mi espíritu cuando traigo a memoria todo cuanto debéis ahora saber, y hago votos porque en mis humildes líneas encontréis más certezas que incertidumbre, pues no es sino sobre asuntos pertinentes a vuestro padre de quien debo ponerlos al corriente.

Por más que el tiempo con sus distancias lén vuestro vínculo en una nebulosa inmensurable, abrigo esperanzas de que estos papeles no terminen en el fuego sin antes haber sido leídos y calibrados por vos y



vuestros más próximos consejeros. Es por esto, apreciado Achille, que busco la buena manera de inspiraros confianza cuando apenas de mi nombre y mi oficio tenéis referencias, mas no encuentro otra que compartir mis recordaciones de la primera vez que viera una presentación pública de vuestro padre.

Permítome decir que ésta ocurrió en las populares fiestas de San Agustín celebradas en Lucca. Allí, músicos de toda Italia son convocados año tras año a una serie de torneos en sitios públicos o bien en exclusivas salas, las que, confío, ya habréis visitado.

Recuerdo como si fuere ayer el momento en que aparecióse en el estrado un joven tan delgado e interminable como interminable era la oscura cabellera que bajaba por sus hombros, perdiéndose en su traje corto, ajustado y cuyas mangas apenas lograban cubrir el antebrazo o las canillas, para el caso de sus pantalones. Mantengo en mi memoria con una claridad perturbadora los rostros de la multitud congregada y su asombro incontinido, sus murmullos y sus chistes en sordina, como si dispusieran de buena gana a una humorada en el instante en que vuestro padre caminó por el escenario a pasos agigantados hasta pararse en el medio exacto del tableado. Desde allí, él observó al público con la sonrisa torcida, a guisa de advertencia mientras ajustaba el arco de su violín, pues de súbito, sin siquiera esperar a que los presentes guardaran la mínima compostura, comenzó entonces su espectáculo.

No exagero, respetado Achille, cuando os digo que todos los que estábamos ese día en la celebración quedamos maravillados. Después de los primeros acordes nada hubo de importar. Ni los estrafalarios atuendos

ni la ridícula forma de su instrumento mellaron la perfección que brotaba de aquel estrado. Un poeta diría que el baile de notas impregnado en la melodía de vuestro progenitor extendióse sobre el público como un manto terso y perfumado que apenas nos permitió respirar. Fueron apenas tres y medio minutos de una pieza majestuosa, resultado de un virtuosismo nunca antes visto ni por los más entendidos que se contaban aquella tarde en Lucca, que de por sí muy numerosos eran.

Mis conocimientos musicales son discretos, mas suficientes para deciros que los armónicos, como espero ya muy bien sepáis, fueron por vez primera utilizados de modo cabal y no en simple adorno. Es más, me atrevo a sostener que fue en aquella memorable jornada cuando el pìssicato tuvo un antes y tuvo un después, debido a la mezcla de rapidez y certeza que aquel joven desgarbado supo imprimirle como respuesta a las burlas de bienvenida.

Ninguno de los personajes más célebres y doctos, ninguno de aquéllos que apenas verlo fruncieron el ceño, indispuestos a perder el tiempo con números cómicos, podían entender ahora la velocidad ni la precisión que había en esos dedos largos como dagas y blancos y fríos como velas moldeándose en el aire nocturno.

Los presentes sólo volvimos a respirar una vez que terminó su muestra. En medio de un sobrecogedor silencio, tras encogerse de rodillas, el músico inclinó el arco de su violín como una lanza y desafió a los presentes con la misma sonrisa torcida con que había aparecido en el estrado. Tanto habría de ser el asombro que nadie se atrevió a dar pie al aplauso, y éste sólo llegó luego de que por el costado un desconocido levantóse de su butaca

a preguntar, viva voce, quién era aquel talento, ni siquiera escrito en las pizarras de anuncio.

Él fingió no escucharle y fue sin prisa rumbo a la escalinata de salida del proscenio, mas, antes de bajar, se volteó y dijo su nombre:

“Niccolò Paganini”.

Todo lo que siguió no fue otra cosa que un estallido de aplausos y vítores al que no se encontró manera de frenar ni durante esa velada ni en las venideras, pues cuando de quien lleváis su sangre accedió a ejecutar nuevos deleites, la cantidad de gente se triplicó y tuvo que ser cambiado varias veces de escenario para que todos lo oyeran interpretar aquellas piezas que comenzarían a ascenderlo, más temprano que tarde, a las alturas de las que hoy, a cinco años de su muerte, nadie tiene ni el valor ni el talento para hacerlo descender.

Ignoro cuán exacto es vuestro conocimiento sobre la obra y vida de vuestro padre. Noticias de mis cercanos aseguran que manejáis datos, aunque numerosos, parciales, pues vuestra familia materna aún estaría empeñada en alejaros de todo contacto profundo con su legado hasta que no hayáis terminado la academia en Viena.

Es menester aseverar que fue justamente luego de esa festividad en Lucca cuando el nombre de Niccolò Paganini comenzó a tener eco en todas las regiones. No hubo sitio de Europa donde no llegaran noticias de su controversial talento, ni músicos indiferentes a su creación, como tampoco después quedaron salones ni teatros fuera de sus largos recorridos por el continente. De un momento a otro, como una nube que se convierte en una cortina de agua sobre las ciudades, el talento de aquel



joven pálido y de modales duros impregnó los caminos bienaventurados de la música. Pero así como aumentaba el asombro en quienes tuvieron la oportunidad de oírlo, así como tribunas completas voceaban su nombre, también rápidamente habría de crecer la envidia en las almas pusilánimes y rastreras que no toleraron su emergencia.

No imagináis la serie incontable de habladurías y conjeturas que se crearon para explicar su talento. Muchas lo atribuyeron burlescamente a la descomunal dimensión de su pulgar izquierdo y a la capacidad de éste para doblarse de modo nunca antes visto. Sin embargo, debéis saber que tales observaciones no bastaron, y a medida que su habilidad técnica se hizo mayor, salieron al paso quienes, insatisfechos ante las elucubraciones ya mencionadas e incapaces de resistir el magnetismo que su figura poseía, habrían de asociar al honorable Niccolò con prácticas de diablería, brujerismo y contratos con el demonio firmados con sangre a cambio de incalculables virtudes.

Tanta conmoción ocasionó su talento que los cotilleos saltaron *mixti fori* del vulgo a los eruditos dueños del papel impreso. Lo que siempre se mantuvo entre rumores pronto fue difundido como una verdad. Ya no eran suficientes los “*asemeja una araña*” de algunos, ni los “*tiene que ser del diablo; de lo contrario no se explica tanta perfección*” que susurraban, cobardes, otros.

En lo tocante, me permito compartir en esta carta que vais leyendo la semblanza que con más certeza podría describir el delirio que causare el buen Niccolò luego de su debut en el París de 1831, y que espero conservéis como una prueba irrefutable de un talento supremo, incapaz de ser explicado de otra manera que acudiendo a la imaginación.

Las palabras, por cierto, corresponden al crítico Francois Castil-Blaze, de quien ignoro más antecedentes: “*Ayer, por quinta vez, estremecimientos en los palcos. Satán sobre la escena. Satán patizambo, dislocado, con un arco resplandeciendo en la mano. ¡El sueño de Tartini! Su arco brilla como una lámina de acero, su rostro es pálido como el crimen, su sonrisa es bella como el infierno de Dante y su violín llora como una mujer. Mezcla increíble de averno y cielo. Sea que eso que llaman su violín suene como el tañido fúnebre de una campana, o que toque a rebato, o susurre palabras apasionadas, o se disguste, o vocifere, o rece, o se entristezca, o jure, o conjure, hace que nos arrojemos a las rodillas de Satán y lo adoremos*”.

Creo imaginar el dolor que os causan estos comentarios malevolentes. Creo entender el desconcierto que ocasiona en un joven como vos enterarse, sin la más mínima posibilidad de verificación ni defensa, que el hombre del cual vuestra vida recibisteis haya logrado su notabilidad en

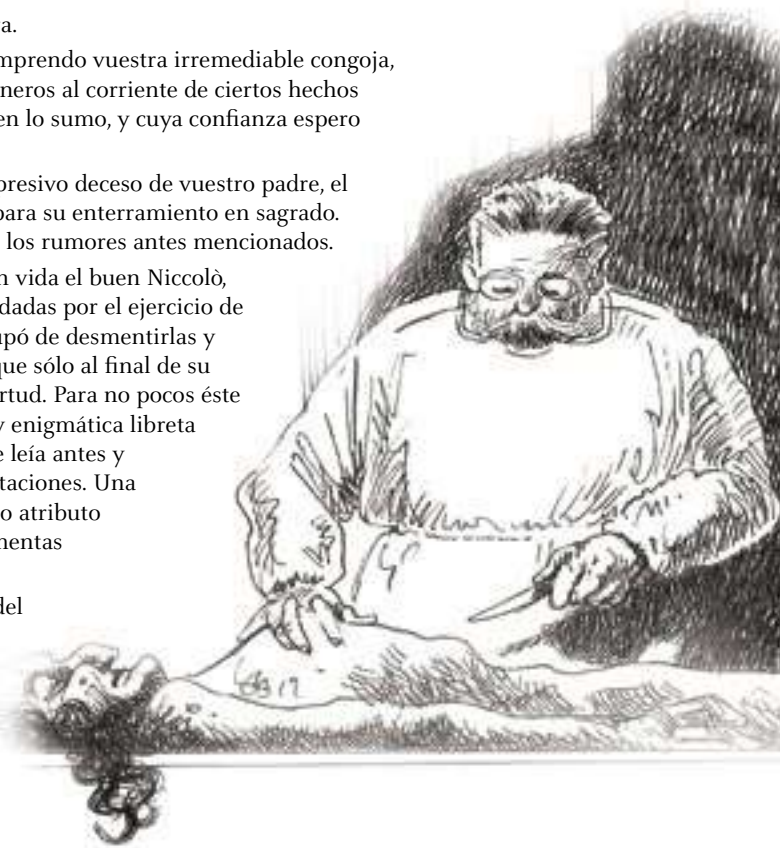
alianza con el demonio y su tenebra.

En verdad, apreciado Achille, comprendo vuestra irremediable congoja, mas en estas líneas es menester ponerlos al corriente de ciertos hechos que, imagino, habrán de importar en lo sumo, y cuya confianza espero brindéis en la medida adecuada.

Bien es sabido que luego del sorpresivo deceso de vuestro padre, el obispo de Niza rehusó el permiso para su enterramiento en sagrado. Esto, obviamente, por dar crédito a los rumores antes mencionados.

No obstante, hais de saber que en vida el buen Niccolò, indiferente a las habladurías infundadas por el ejercicio de artes tan temibles, nunca se preocupó de desmentirlas y simplemente espetaba con gracia que sólo al final de su carrera revelaría el secreto de su virtud. Para no pocos éste estaba contenido en una pequeña y enigmática libreta de tapa roja que concentradamente leía antes y después de cada una de sus presentaciones. Una modesta libreta de notas cuyo único atributo era resaltar entre las oscuras vestimentas del músico.

Como he dicho, tras la negativa del clérigo a permitir el rito fúnebre, quienes atendieron al inigualable finado en sus últimos días viéronse en obligación de mantenerlo durante varias



semanas en la estancia donde había muerto, mas las quejas de los vecinos forzaron a trasladar el féretro al sótano de la misma, en espera de alguna resolución oficial. Empero, nuevos reclamos de los contiguos hicieron que la junta sanitaria ordenase llevar el cadáver al depósito del *lazzaretto*.

Creyendo que en aquel lugar yacería en paz, poco tiempo hubo de transcurrir para que los conserjes denunciaran que ciertas noches oían notas de violín provenientes del entretecho del edificio. Ante tan alarmantes noticias, esta vez el cuerpo fue trasladado a los cimientos de la refinería de aceite propiedad de Davide Allemand, donde no pasaron más de dos semanas para que los trabajadores de la misma quejáranse por extraños ruidos y *músicas nocturnas*, según consta en registros debidamente fechados.

Tales episodios obligaron a la exhumación del cuerpo para ser llevado a una isla de la costa cuyo nombre se mantuvo en estricta reserva. Allí permaneció hasta que las nuevas autoridades tomaron la decisión de rendir al buen Niccolò los honores que un genio de su altura merecía. Así, una nueva ordenanza habría de firmarse, esta vez para ser llevado a Génova, donde permaneció a la espera de la revisión de competencia y legalidad del mandato prohibitorio evacuado por el obispo de Niza.

Finalmente, a los pocos días el decreto eclesiástico resultó rescindido y los restos del buen Niccolò destinados, de modo definitivo, al cementerio de Parma.

Es en este momento, estimado Achille, cuando junto a mi equipo de colaboradores hemos de tener la pertinencia que obliga a esta carta.

A la mañana siguiente de llegado el féretro, un delegado municipal visitó la Facultad para solicitar la certificación de su causa de muerte antes de la sepultura del cuerpo. Desconcertados por la noticia, accedimos sin inconvenientes, suspendimos nuestras tareas y de inmediato comenzamos los preparativos de rigor.

No es mi intención pormenorizar todo cuando hubimos de realizar, mas debéis saber que en tal empresa estuvieron participantes, junto a este servidor, los cirujanos Fabio Lione y Andrea Torricini, además de los anatomistas Alessandro Staropoli y Samuel Ildefonso, este último español y que hallábase de visita en nuestra ciudad por motivos de academia. En lo que respecta a nuestro quehacer, debo informaros que gran sorpresa habría de llevarse el equipo médico al advertir que el cadáver se encontraba en admirable estado de conservación, de seguro producto de las condiciones climáticas de los sitios donde fue destinado previamente, de modo que no hubo dificultades mayores en practicar los exámenes y estudios que nos permitieran, tal como nos fuere encomendado, indagar en el motivo del deceso, el que por cierto atribuimos a una aguda infección estomacal ramificada a diversos órganos aledaños, y cuya copia de certificación adjunto a este correo.

Sin embargo, debo confesaros que una vez cumplida la tarea, el grupo decidió no remitir el informe sino hasta pasados tres días con sus noches. En ese lapso acordamos, de *motu proprio*, emprender una tarea aún más compleja que la ordenada por las autoridades municipales: buscar la explicación del talento natural de vuestro padre y, con ello, terminar con los infundios que empañaban su obra.



Es menester, entonces, comunicaros que luego de una pertinente y cuidadosa disección de sus extremidades superiores, hemos detectado que tal virtuosismo no es ni por remoto producto de pacto diabólico alguno, pues obedece a una hipermovilidad de tejidos presente desde el inicio hasta el término de la mano izquierda, incluyendo *ligamentum carpi volare*, ciertas zonas del *fasciculi transversi*, hasta tornarse severa en la zonas de *ligamentum annulare digiti*, *ligamentum cruciatum digiti* y *tendo m. flex. digitorum profundus*.

Esta anomalía no habría causado dolor, tumefacción ni pérdida de la extensión digital por estar acomodada a la anatomía natural de la mano, como tampoco pudo ser causante de hiperestesia sobre el trayecto profundo de ninguna *vagina tendinis* en cuestión. Es probable que ciertos aspectos del estudio permitan refutaciones, mas estamos seguros de que estarán referidas a precisiones menores que no afectan mayormente nuestro descubrimiento.

Como ya os he aclarado, nuestra empresa no tuvo más motivo que limpiar la memoria y el legado del gran Niccolò, mas será por vuestra expresa voluntad de único hijo y heredero que el detalle de este informe sea revelado en el tenor que merece. Es por esto, apreciado Achille, que no me queda más que esperar vuestra pronta contestación para decidir el futuro de nuestro hallazgo.

Su sincero amigo y servidor,

G. F. C.

*Post Scriptum:*

*A poco de terminar la escritura de esta carta, se ha apersonado a deshora en nuestro escritorio un bien parecido señor. El declaró no sólo haber sido amigo personal de vuestro padre, sino también estar informado de la llegada de su féretro a esta Universidad.*

*Este hombre, quien pidió no ser identificado, negóse por años a tener contacto alguno con la familia Paganini, temeroso de cualquier habladuría e interrogatorios posteriores; empero, consideró que ésta era una oportuna ocasión para dar fe de su natural honradez y haceros entrega, a través de este servidor, de una serie de objetos de incalculable valor que habrían pertenecido al buen Niccolò.*

*Procedo, entonces, a dar cuenta de ellos: siete Stradivarius, entre violines, violas y cellos, además de un violín Guarnieri del Gesu con data de fabricación de 1742. Acompañaba a estos instrumentos un pequeño estuche de cuero que contiene la que sería aquella misteriosa libreta roja mencionada anteriormente, y cuyo contenido me permito respetuosamente detallar: veinte y tres direcciones de amigos personales, todos ellos domiciliados en Génova, Piacenza, Bolonia y París; ocho recetas para dolencias estomacales en base a infusiones de vegetales silvestres y una cuenta de lavandería, al parecer, impaga. El resto de las hojas permanecen en blanco.*



## LUIS LÓPEZ-ALIAGA

*Nació en Santiago en 1967. Es escritor, guionista y columnista de la Revista de Libros de El Mercurio. Ha publicado el libro de cuentos “Cuestión de Astronomía” (Grijalbo-Mondadori, 1995), con el que obtuvo el premio del Consejo Nacional del Libro y la Lectura 1995 y el Premio Municipal de Literatura 1995. Sus siguientes novelas fueron “Fiesta de Disfraces” (Grijalbo-Mondadori, 1997), “El Verano del Ángel” (Dolmen, 2000) y “Bazar Imperio” (Lom, 2005). Además*

*participó en las antologías “Relatos y Resacas” (Planeta, 1997), “Honrarás a tu Padre” (Planeta, 1998), “Desafueros” (Planeta, 1999) y “Ecos Urbanos” (Alfaguara, 2000), entre otras. El año 2003 fue becado por la Fundación Andes para la escritura de la novela “Diez Razones para Matar un Poeta”. Desde 2000 imparte talleres de narrativa en el Centro Cultural Balmaceda 1215. Actualmente trabaja como guionista del Área Dramática de TVN.*

## MR. BARTLEBY AND MY WAY

*Luis López-Aliaga*

A Ginebra llegué de rebote, porque me dijeron que ahí podría estudiar canto lírico con los mejores profesores de Europa. Aunque luego de un sinnúmero de pruebas vocales e incomprensibles trámites internos terminé estudiando con Mariano Doscht, argentino con el mejor verso de toda Europa y, por añadidura, amante oficial de la mujer más deseada del Conservatorio, una violinista danesa al menos cinco centímetros más alta que él. Apenas lo vi desplazándose con total soltura por los salones y teatros de la ciudad, bufanda roja al cuello y maletín pampero al hombro, saludando a quien se le cruzara en el camino, supe que lo único que podía convertir a un buen cantante –y también a uno mediocre– en un cantante exitoso, era la sumisa disposición para la vida social, un virtuosismo bajo las tablas que le permitiera interpretar su parlamento en el lugar adecuado, en el momento oportuno. Por eso también supe desde el principio que me demoraría más de la cuenta en alcanzar mi sueño ginebrino porque, a pesar de todo y con el perdón de mi familia, lo haría a mi manera que, para más datos, ni siquiera era la manera de Frank Sinatra.

La fórmula se la robé al autor de Moby Dick, aunque sólo muchos años después me enteraría de la existencia de ese tal Bartleby. ¿Vas a ir

al festival de ayuda a Cuba, pibe? Preferiría no hacerlo, profesor. ¿Y, amigo, se pone con algunos francos para organizar la marcha gay? Preferiría no hacerlo, señor, perdón, señorita. ¿Y vas a ir a la kermesse de los refugiados políticos? La verdad es que preferiría no hacerlo, compañero. Al principio los rostros de mis interlocutores sonreían nerviosos, incrédulos, pero luego, seguros ya de que no bromeaba, la mueca se convertía en un gruñido de desprecio.



De manera que la aparición de un tipo tan desprejuiciado como Rodolfo Rodríguez, agudo, suelto de lengua y de notoria extracción popular, me ayudó a despejarme de todo ese ambiente de simulación que tanto me ahogaba en el Conservatorio.

-¿Chilencote? –me preguntó la primera vez, cuando me descubrió hablando en L’Usine con una suiza mitad anoréxica y mitad ninfómana, según ella misma se definía, muerta de la risa.

-Vos soi chileno, huevón, así es que no hablís como los huevones, huevón.

Chicoco, sin cuello y con la cara aplastada, Rodolfo quería ser cineasta, aunque nunca me explicó cómo relacionaba esa vocación con el hecho de instalarse ilegalmente en Ginebra. Tampoco le gustaba hablar de cine. Su tema preferido era despotricar contra su jefe, un uruguayo que por una tarde de trabajo de limpieza profunda en las casas de los ancianos más distinguidos de la zona le pagaba 20 francos, los que apenas le alcanzaban para comprar algo de comida y su respectiva caletita de hachís. Rodolfo se fumaba un pitillo en la mañana, apenas despertaba, y dos o tres en la tarde,

mientras tomábamos cervezas. Dormía en el garaje de la casa del uruguayo, en Lausanne. Y después que llegaban juntos de una jornada de trabajo, su jefe lo obligaba a pasar la aspiradora, a limpiar los vidrios o a cortar el pasto, sin soltar un solo franco extra, amparado en el formalismo de que vivir en una casa también deparaba obligaciones.

Para entonces yo vivía en la Cigue, una comunidad de estudiantes financiada, en parte, por el cantón de Ginebra. Se trataba de un conjunto de siete u ocho casonas antiguas ubicadas en la Route de Ferney, a pocas cuadras del edificio de la ONU. La administración general de la Cigue estaba a cargo de un director elegido cada dos años entre los miembros con más de quince meses de permanencia, a quien, además, el cantón le pagaba un sueldo. El arriendo resultaba barato si se toma en cuenta las comodidades que ofrecía: una pieza amplia, con buena acústica, una sala de estudios, baños confortables y un salón con televisor y todo. Para ingresar a la Cigue había que presentar papeles de estudio y residencia, cartas de recomendación, certificados de ingresos y someterse a un exhaustivo interrogatorio por parte de la directiva.

En aquel tiempo presidía la Cigue una chilena, lo que podría haber representado una suerte para la comunidad nacional dispersa por el mundo, pero la verdad es que mademoiselle Silvia López se mostraba especialmente formal y exigente con los chilenos que se presentaban en su oficina. Pelo negro cortado a lo príncipe, lentes de marcos gruesos y un mentón prominente, la mademoiselle era hija de exiliados y profesaba una profunda admiración por los grupos guerrilleros que se sacrificaban por cambiar el destino de la patria. Porque ella ni se había enterado que en aquella época, a mediados de los noventa, los muchachos estaban ya hace tiempo en retirada. Como sea, mi descreimiento más sincero y absoluto al parecer fue interpretado como una actitud al menos inofensiva para su causa, porque, contra todo pronóstico, después de los múltiples papeleos y entrevistas había logrado instalarme en una de las casas de la Cigue, donde además vivía una alemana, un franco-argelino, una japonesa y una argentina, por supuesto.

Con Rodolfo nos reíamos de toda la fauna de inmigrantes dispuestos a cualquier cosa con tal de mantener vivas sus esperanzas de éxito. Nosotros

éramos parte de ellos, es cierto, pero nos burlábamos igual y aquello hacía más soportable nuestras vidas. Yo le daba duro a Doscht y sus delirios de grandeza, su prepotencia encubierta bajo esa mirada de ojos claros y esas palmaditas cómplices en la espalda; y, en el plano que a mí más me importaba, el evidente entubamiento de su voz que él, con total descaro, vendía como un asunto de estilo musical innovador, revolucionario. Y Rodolfo le daba con su jefe y el ejército de indocumentados que trabajaba a sus órdenes, colombianos, salvadoreños, peruanos, atormentados todos por el trato miserable que les daba, pero incapaces de rebelarse y montar, por ejemplo, su propia empresa de aseos y mudanzas. Rodolfo se reía de sí mismo, en el fondo, y ahora pienso que quizás todo habría sido distinto si los trenes a Lausanne hubiesen pasado hasta más tarde y él no se hubiera visto obligado a quedarse en mi pieza con tanta frecuencia, durmiendo sobre un colchón que para esos efectos le facilitaba la japonesa.

Cierta distancia resulta indispensable si uno quiere mantener los vínculos en buenas condiciones. Y yo quería que eso ocurriera, porque Rodolfo me simpatizaba y lograba que mis días



pasaran con mayor ligereza, sin que el peso de mi propio sueño terminara por hundirme. Convertirme en un respetado barítono ligero había comenzado a pesarme demasiado, sobre todo porque se trataba de una empresa familiar en la que la mayor parte del capital lo aportaban mis padres, con la esperanza manifiesta de que algún día les devolviera la inversión y le sumara, a modo de intereses, el orgullo de verme encaramado en los mejores escenarios del planeta. Para financiarme los estudios mis padres se sometieron y sometieron a mis dos hermanos menores a un régimen de austeridad espartana, llegando al extremo de vender el auto y sacarle una hipoteca a la casa que aún no terminaban de pagar.

Esa responsabilidad caía sobre mis hombros y Rodolfo me aligeraba la marcha con su amplio repertorio de chistes de doble sentido y su agudeza antropofágica. Me hacía bien tenerlo cerca, pero no en la misma pieza, porque verle la cara en las mañanas, sentir sus malos olores y escuchar su nasal afección cuando quería expresarme su cariño había comenzado a incomodarme. Para su pito matinal tenía al menos la grandeza de salir al jardín. Traté de decirselo un par de veces, ya con

varias cervezas en el cuerpo, pero siempre resultó que eran más de las diez de la noche, la hora en que partía el último de los trenes a Lausanne.

La solución, como casi siempre, llegó sola, cuando menos lo esperaba. Gracias al dato que me dio un hindú con el que jugaba ajedrez en el Promenade des Bastions encontré en Carouge una pieza independiente, con baño y cocinilla incluidos. Pagaba un poco más, pero allí, por lo menos, no entraba más colchón que el mío. De modo que de un día para otro conseguí una camioneta y desocupé la pieza de la Cigue. O casi: considerando que aún me quedaban más de quince días de arriendo ya pagados, Rodolfo me pidió permiso para permanecer allí algunas noches. Él mismo se había encargado de hablar con los otros residentes y ninguno tuvo objeciones.

Cinco días después Rodolfo me manifestó las ganas de instalarse de manera definitiva en la Cigue. El asunto, claro, no resultaba sencillo. Rodolfo no cumplía con ninguno de los requisitos necesarios para ser residente en aquella comunidad de estudiantes. Partiendo por el detalle de que ni siquiera era estudiante. Una semana nos pasamos deliberando cuál sería el mejor momento para



visitar a la mademoiselle y al final, atendiendo a lo insostenible de nuestra petición, optamos por la táctica heroica del saludo a la bandera. La chilena, en este caso, of course. Con la excusa de formalizar mi salida definitiva de la Cigue, acordé una reunión con la mademoiselle y una tarde de abril quedamos con Rodolfo apostados en su oficina, conversando unas cuantas trivialidades antes de entrar a la pelea.

El lugar estaba decorado al modo de una agencia de viajes, con fotografías de lagos y montañas alpinas enmarcadas con vidrio y afiches de festivales de cine o de seminarios por los derechos de algo. Entonces fui yo quien de un momento a otro abrió fuego para hablarle de la difícil situación que enfrentaba mi amigo aquí presente y de lo mucho que se saben unir los chilenos cuando alguno de ellos lo necesita. En esta última parte, moderando de forma intencional el volumen de mi voz, me extendí por varios minutos contándole a Silvia lo de las campañas “Chile ayuda a Chile”, epifanía de solidaridad que ella no había tenido la oportunidad de experimentar en vivo y en directo.

-La caridad sólo sirve para limpiar la mala conciencia –comentó ella, detrás de su escritorio,

justo bajo una bandera cantonal pegada a la pared del fondo: el pajarraco azul, saliendo detrás del rojo y entrando al amarillo, parecía sacarnos la lengua a nosotros. El sistema debiera proveer de lo necesario a su pueblo, sin cobrar el precio de la humillación.

Sentado a mi lado, con las piernas bien juntas y sus manos de empanada abiertas sobre los muslos, Rodolfo me miró con cara de no-me-ayude-tanto-compadre. Vestía una casaca azul y roja, hinchada de plumas y sin mangas, la que le daba el aspecto general de una piñata. Entonces, casi por compromiso, planteé la petición de que Rodolfo se pudiera quedar con mi pieza.

-Tiene que llenar la solicitud y presentar todos sus papeles –fue la fría respuesta de mademoiselle López. Su voz soñolienta, distante, de timbre opaco, parecía provenir del aparato telefónico que tenía a su lado.

Le repetí lo del momento difícil por el que atravesaba mi amigo, le hablé incluso de su jefe uruguayo, explotador y analfabeto, y le prometí que apenas regularizara su situación migratoria, académica, laboral, síquica, sexual y deportiva, mi amigo presentaría todos los papeles que la

administración exigía. Mademoiselle López movió la cabeza de un lado a otro. Era la forma de expresar la gracia que le causaban mis chistes, sólo que esta vez, además, expresaba su férreo carácter burocrático. Rodolfo, sin pronunciar palabra alguna, ensayaba su mejor cara de agobio, los párpados caídos y los hombros casi a la altura de las orejas.

-Lo único que puedo hacer es tenerte presente – dijo la regenta, mirando a un cada vez más pequeño Rodolfo-. Dame tus datos y yo te mantendré al tanto. ¿Andas con tu pasaporte?



Siempre en silencio, Rodolfo se revisó los bolsillos interiores de la casaca y le extendió el pasaporte a la mademoiselle. Ella lo mantuvo en sus manos un rato, sin abrirlo, y luego comenzó a revisarlo desde atrás hacia adelante, abriendo una a una las páginas, con la típica calma de los policías de inmigraciones. Hasta que al llegar a las primeras hojas sucedió lo inesperado.

-¿Te llamas Manuel Rodríguez?

-Rodolfo Manuel Rodríguez Olivares - especificó el aludido, poniéndose rígido sobre la silla ergonómica.

Vaya a saber uno qué resonancias, qué imágenes legendarias estallaron en su cabeza, lo cierto es que el rostro de mademoiselle López sufrió una transfiguración repentina, los músculos se le relajaron y, mirando a Rodolfo a los ojos, siguió indagando.

-¿Y por qué saliste de Chile?

Rodolfo me ofreció una mirada rápida, se acomodó en la punta de la silla y desde ahí comenzó a relatar la historia de su padre desaparecido, lo difícil que había resultado para él seguir mirando la cara de su madre destrozada por las circunstancias, de lo timorata y traidora de la naciente democracia



chilena, de lo cobarde que le parecía la izquierda nacional, donde militaban los propios compañeros de su padre y, bueno, de su amor por el cine, un amor que en un país como Chile se convierte en una simple vocación suicida.

Mademoiselle López lo miraba con atención y de tanto en tanto bajaba la vista para dibujar unas figuras amorfas en el mismo papel en que había anotado sus datos. Cuando mi amigo terminó, un silencio extraño se instaló en la oficina.

-Mira –habló la mademoiselle al cabo de un rato, dudando -. Hay una posibilidad de quedarte con la pieza.

-Sabía que por algún lado la patria tira –dije y fue como si no lo hubiera dicho.

-Como no cumples con los requisitos –Silvia percutía con el lápiz sobre la mesa-, para efectos oficiales el arrendatario tendría que seguir siendo Lorenzo. Para no tener problemas con el cantón ¿entiendes?

Entonces ambos giraron para clavarme la mirada y esperar una respuesta de mi parte. Por supuesto, yo sólo ratifiqué lo que ya estaba acordado. Con el orgullo del gol de media cancha me puse de pie y expliqué, un poco sobradón, es cierto, que ya se me había hecho tarde y debía partir a mi taller de articulación e impostación lírica. Pensé que Rodolfo me seguiría, pero ni siquiera amagó levantarse de la silla, aunque cuando ya le había dado la espalda escuché que hablaba.

-Gracias, Lorenzo, te pasaste –dijo, con entonación melodramática.

Desde esa tarde pasaron tres semanas antes de que volviéramos a vernos. Debo confesar

que esperaba que en algún momento Rodolfo apareciera por mi casa, ya no para agradecerme, sino al menos para que celebráramos juntos. Supuse que la instalación definitiva en la Cigue le había traído algunas complicaciones, de manera que no valía la pena ponerme susceptible. Entonces partí a visitarlo.

Lo cierto es que me recibieron como a un héroe de guerra. La japonesa incluso derramó unos lagrimones y, a sugerencia de Olga, la alemana, se improvisó una cena en la que ni siquiera me dejaron comprar una botella de vino. Rodolfo se mostró emocionado, se excusó por no haber ido a visitarme pero, dijo, estaba tratando de juntar un poco de plata para invitarme a cenar en un lugar como el que yo me merecía.

Aquella noche me quedé a dormir en la que había sido mi habitación, sobre el colchón facilitado por la japonesa. Antes de dormirnos, nos reímos un rato de la manía planificadora de Olga, de su aspiración a que la vida entera calzara en un cronograma, pero noté que Rodolfo no estaba particularmente inspirado. Con una voz sin matices y un lenguaje extraño, sin sus típicos adornos y agilidades, digamos, me habló de lo

bien que le había venido poder instalarse en ese lugar, porque ya no tenía que someterse a los abusos del uruguayo.

-Y bueno, al fin de cuentas Silvia no resultó tan terrible ¿no? –fueron las últimas palabras que pronunció en la oscuridad de aquella habitación.

No quise preguntarle si la historia que le contó en su oficina era cierta. Por supuesto, él ya estaba al tanto de las inclinaciones de la mademoiselle, de manera que resultaba muy posible que todo fuera sólo una improvisada estrategia para ganarse su simpatía. De ser así, no me quedaría más que reconocer en Rodolfo a un oportunista más, como tantos a los que yo despreciaba. Y de ser verdad, corría el riesgo de tener que compadecerlo.

El orgullo, el orgullo. Cuántos costalazos nos damos en su nombre. La ausencia de Rodolfo durante los siguientes cuatro meses debió hablarme de una desgracia, un accidente o una enfermedad grave y, sin embargo, sólo me preocupó mi propio ego maltratado por su olvido. Altanero, pensé que Rodolfo tenía la obligación de buscarme y nada supe de él hasta que una tarde de septiembre, fría como todas las

tardes otoñales, una carta del cantón me lo trajo violentamente a la memoria.

En la mañana, como un pequeño anuncio que, por supuesto, fui incapaz de interpretar a tiempo, me había enfrascado en una discusión con Mariano Doscht sobre lo que él llamó “la responsabilidad social de artista”. Doscht estaba molestó porque yo no había querido firmar una carta que intentaba modificar los estatutos del Conservatorio, de manera que resultara obligatorio que en su dirección hubiese al menos un latinoamericano u otro representante del tercer mundo. Doscht me acusó de desleal delante de un grupo de sus partidarios que lo seguían a todas partes. Me dijo que él hacía todo eso porque se preocupaba por cada uno de nosotros, por nuestro futuro.

-¿Y la música? -le pregunté yo- ¿Cuándo te vas a preocupar de la música?

Creo que entonces fue cuando Doscht me habló de la responsabilidad social del artista. A esas alturas ya no sólo estábamos rodeados de sus seguidores, sino que otros estudiantes y profesores habían detenido su camino para escuchar de qué se trataba el alboroto. Sin que yo pronunciara más que esa simple pregunta -¿y la música, cuándo te

vas preocupar de la música?- y la repitiera cada vez que el discurso de Doscht me lo permitía, algunos de los oyentes comenzaron a ponerse de mi parte y eso, al parecer, exasperó aún más al maestro, quien llegó a sugerirme que me buscara otro lugar donde estudiar, porque con él estaba perdido. Hasta la danesa, que entendía poco castellano, se dio cuenta de que su novio estaba fuera de las casillas y decidió que lo mejor sería llevárselo de ahí cuanto antes.

Al llegar a mi pieza encontré el sobre con el logo del cantón asomado en la casilla del portal de la entrada. En su interior se me informaba que mantenía una deuda con el cantón de Ginebra y que, de no pagarla a la brevedad, tendría que responder ante la justicia local. La cantidad que se me exigía pagar correspondía a cinco meses de arriendo en la Cigue, más algunos pocos intereses.

Con la cabeza aún convulsionada y la garganta seca, me monté en mi bicicleta y salí pedaleando rápido, sintiendo cómo la brisa fría resquebrajaba mis labios de señorito de familia. La noticia me la dio Maurice, el francés nacido en Argelia: hacía ya más de un mes que Rodolfo se había marchado sin decirle nada a nadie. Ellos pensaron que yo

me encontraba al tanto de la situación, por lo que ni siquiera se molestaron en avisarme.

Entonces supe que el siguiente paso era visitar a mademoiselle Silvia López. Y ella fue tan implacable como siempre, sólo que además le descubrí un registro de crueldad que no imaginaba. Porque hasta diría que disfrutaba mientras me iba informando que el asunto ya no estaba en sus manos, porque cuando un arrendatario insistente en su morosidad a ella sólo le correspondía entregar el caso a los abogados del cantón.

-Pero tú sabes que no era a mí a quien le correspondía pagar.

-Según estos papeles sí –y revolvió unas hojas entre las cuales distinguí el contrato que alguna vez había firmado.

-¿Y por qué mierda no me avisaste que Rodolfo no te estaba pagando? –me levanté de la silla y apoyé las manos en su escritorio.

-Primero que nada, no me levantes la voz.

-Entiende, yo no tengo para pagar esa deuda.

La madmoseille se limitó a levantar los hombros.

-Tú sabes que si no pago me van a terminar botando.

-No creo.

-En el Conservatorio no aceptan morosos judiciales.

-Pero puedes llegar a un acuerdo. Por lo general permiten pagar en cuotas mensuales. Intenta negociar, si quieres.

Quizás pude haberle dicho muchas cosas. Haberla mandado a la mierda, por ejemplo. O rogado. Quién sabe, tal vez debí contarle de lo mucho que yo necesitaba titularme en el Conservatorio, que todo este asunto había significado demasiadas renunciaciones propias y de mi familia entera como para tener que abandonarlo cuando me faltaba sólo un año. En cambio, de la boca me salió una sola melodía:

-Preferiría no hacerlo –dije, con firmeza en la proyección de la voz, y le di la espalda para siempre.



## ALEJANDRO CABRERA

*Nació en Santiago en 1970. Es licenciado en estética de la Universidad Católica de Chile, escritor y guionista de televisión. Como escritor ha publicado el libro "Simulacro" (Planeta, 2001) y participado en la antología "Música Ligera" (Grijalbo, 1994). También ha obtenido los siguientes premios literarios: mención honrosa en el concurso de cuentos de la "Revista de Libros" de El Mercurio (1998) y mención honrosa en el concurso de cuentos de la*

*Revista "Paula" (1999). Como guionista se desempeña en el Área Dramática de TVN, donde ha escrito las teleseries "La Fiera", "Romané", "Amores de Mercado", "Purasangre", "Pecadores" e "Ídolos".*

## LA NOCHE DE AQUEL DÍA

*Alejandro Cabrera*

1. Un hombre solo. Podría ser el mismo de otro cuento, de muchos otros cuentos. Podría ser.

2. Un auto viejo. Podría ser un Toyota Corolla Liftback del año '77.

3. No sé todavía si este hombre es realmente solo. A lo mejor tiene una familia, una esposa, un hijo pequeño, o una hija. Tal vez la relación entre ellos no es muy buena. A lo mejor es alcohólico. O puede ser que esté cesante. No hay plata para pagar las cuentas, para comprar comida, se acerca Navidad, etc., no sé, a lo mejor la mujer de este hombre está insatisfecha, trabaja de parvularia en un jardín de Vicuña Mackenna y tiene un amante, puede ser. El asunto es que les falta dinero. El hombre tiene un auto viejo, un Toyota Corolla Liftback del año '77. Sale de Santiago porque en la capital no encuentra comprador para el vehículo y busca venderlo afuera, en regiones.

4. A lo mejor no tiene familia, le teme a los afectos, huye de ellos como un mecanismo de defensa, como los niños del Sename. Sólo tiene un auto. No lo sé.

5. A lo mejor el hombre es un locutor rasca de eventos rasca, de esos de bingos y kermesses, bautizos, supermercados, que hablan todo engolado, así, incluso para saludar o comprar el diario. Tal vez está viajando fuera de Santiago, al norte, porque lo han llamado para animar un evento rasca en un pueblo pequeño, tipo Canela, en la Cuarta Región, una fiesta, la semana canelina, a lo mejor. Pero está saliendo de Santiago en su auto viejo, que tal vez aprovechará de vender por ahí, barato, porque no hay dinero para pagar las cuentas, la comida, la Navidad, etc.

6. Hay una mujer que trabaja cerca de Canela, es decir, lejos de Canela, porque Canela es un pueblo



que queda lejos hacia el interior de la carretera, y ella, se supone, trabaja como cobradora de peajes en la Panamericana, o a lo mejor trabaja para el departamento de vialidad de la región y está en estos momentos pintando la línea del camino por las noches, cuando no hay mucho tráfico, y cuando ha terminado un buen tramo junto a otros trabajadores que se movilizan en una camioneta, se va de madrugada a Canela por el camino de tierra y calamina y duerme hasta las doce del día del otro día. Ella podría ser una candidata a reina en la semana canelina. Vive ahí desde siempre, nació ahí tal vez, etc.

7. Otra idea: En la Séptima Región, más específicamente en Linares, se ha desatado el pánico entre la población. Hay un asesino en serie sembrando el terror entre las damas que tienen la fortuna de agarrar el ramo de la novia en los diferentes casamientos que se han efectuado últimamente en la ciudad y sus alrededores. Debería ser un invitado, o alguien que se cuela en las fiestas, no sé. El asunto es que al día siguiente, o a la semana siguiente, invariablemente, la mujer que agarró el ramo en alguna fiesta, aparece muerta y descuartizada en las riberas del río Putagán o

del río Achibueno. Esto podría ser el argumento de una telenovela que estuvieran transmitiendo por la televisión, una serie de capítulos semanales. Finalmente, obvio, darán con el criminal.

8. Mejor aún. Ésta podría ser una serie de televisión que se transmitió hace algunos meses en el país, menos en Canela, donde aún no ha llegado la señal de ese canal. De hecho, podría haber algunos obreros santiaguinos trabajando en la instalación de una torre o antena repetidora cerca de Ovalle, en un cerro muy alto. En Canela nadie ha visto la serie en cuestión, nadie sabe que existe este asesino en serie en Linares. Nadie sabe quién es este asesino.

9. No sé cómo ni dónde, pero sería bueno incluir la siguiente anécdota. Un hombre, tal vez el mismo que en estos momentos viaja al norte en el Toyota, antes de salir de Santiago, asistió a la función nacional de la ópera en el Teatro Municipal. La verdad es que no le gusta mucho la ópera. Simplemente fue porque estaba borracho, y porque el rol protagónico lo realizaba una soprano que alguna vez, años atrás, asesinó a una anciana en Alemania. La anciana era la dueña de la pensión donde vivía esta cantante en alguna

ciudad de Alemania. La soprano estaba becada allá. La distancia con Chile, tal vez, u otras razones siquiátricas, la desquiciaron y en un arranque de locura, asesinó a cuchilladas a la dueña de la pensión. Estuvo presa, pero fue absuelta por dictaminarse que no había actuado en su sano juicio y le permitieron volver a Chile, donde de a poco se reinsertó en el medio local hasta obtener el protagónico en la ópera que fue a ver el hombre solo antes de viajar al norte. El asunto es que una vez acabada la función, el hombre la espera por la salida de artistas, en la calle San Antonio, y la aborda. Lo subyuga la cercanía con una homicida, más si es mujer, eso lo estremece. Le regala amablemente un ramo de rosas rojas por su excelente desempeño en la ópera y luego le ofrece llevarla en su Toyota. Ella, por supuesto, dice que no, que anda en su propio auto, estacionado en Santa Rosa en uno de esos estacionamientos por hora. El hombre, entonces, le ofrece acompañarla a su auto y ella acepta. No se dicen nada en el camino. Cruzan la Alameda en silencio. Avanzan por Santa Rosa y se despiden de mano y beso en la mejilla frente al estacionamiento. Por un momento el hombre podría pensar en invitarla a viajar con él fuera de Santiago. No sé. Mejor no lo hace. Se va. No la ve más.



10. A lo mejor el hombre es el que trabaja pintando líneas del tránsito en la carretera y la mujer la que trabaja cobrando peajes cerca de ahí. Hay un pueblo pequeño donde vive ella y donde debe alojar él. Es lejos de Santiago, algo así como Canela, Cuarta Región. Pueblo pequeño y pobre, hacia el interior, cabras de monte, sequedad de la tierra, camino lleno de calamina, valle seco, cerros que encajonan, árboles y arbustos polvorientos, una plaza de pueblo, una palmera, un restorán-bar pensión de mala muerte, una discoteque, la “Ozono”.

11. Sería bueno que la teleserie que es transmitida en Canela una vez que queda instalada la antena repetidora ya la haya visto él en Santiago, conoce el final. Son los últimos capítulos. A lo mejor el hombre es uno de los trabajadores que están terminando de instalar la antena repetidora en un cerro lleno de cabras en Canela.

12. Ella es fuerte, no tan bonita, sola de espíritu, un tanto masculina a veces, pero mujer al fin. Él es más sinvergüenza, pícaro, santiaguino. Está de paso, lo sabe. Trabaja para el Departamento de Vialidad de la Región, igual que ella, pero es de Santiago. ¿Qué pasa ahí?

13. Otro personaje: La cachonda profesora, cuarentona o cincuentona, de literatura erótica en Antofagasta, taller literario, anteojos con cadenita colgados a la altura de las tetas, busca pendejos en los bares, en los talleres literarios, fumona, buena para el trago, se los tira, publica libros, revistas literarias, edita, lee cuentos de sus pupilos, etc., la cordillera junto al mar, Antofagasta dormida, rosada, violeta, terrosa, amarilla, café, Calama, San Pedro de Atacama, el mar, el hotel, el club de yates, etc. Ver eso.

14. Otra anécdota que se podría incluir es una versión chilena de “Missing”, la película de Costa Gavras, y que ocurrió realmente. Una mujer y su suegro buscan al esposo y al hijo (que se llama Alfonso) en noviembre de 1973. No sé qué tiene que ver con el resto de la historia, pero por algún lado tiene una conexión. Los milicos llegaron la madrugada del 22 de noviembre a la casa en Ñuñoa, revolvieron todo y se llevaron a Alfonso en un camión lleno de otros detenidos, muchos de ellos desaparecidos. En esa época Alfonso trabajaba en el Ministerio de Educación, igual que su padre. La esposa de Alfonso estaba desesperada. Un amigo de la familia, el jefe de

Alfonso, les prestó una camioneta del ministerio, justo antes de que lo detuvieran a él también, y la mujer y su suegro salieron a recorrer Santiago tras la pista de Alfonso. Estuvieron en el Estadio Nacional, el Estadio Chile, algunos regimientos, hospitales, cuarteles, etc., pero no daban con él. Imagino ese recorrido por una ciudad abusada como lo era Santiago en ese entonces, a dos meses del golpe. Imagino a los dos en esa camioneta, la mujer fumando tal vez, a pesar de que no lo hacía regularmente porque se cuidaba la voz. Es soprano, ahora jubilada del coro del Teatro Municipal. Ahí a lo mejor está la conexión con la soprano homicida de Alemania. De hecho, son amigas. No sé, etc. ¿Habrán puesto música en la radio de la camioneta? ¿Qué habrán conversado? ¿Habrán conversado? ¿Daba para eso? ¿Cómo se justificaban ante los innumerables controles militares que había en la ciudad en ese entonces? Recuerdo ese caballo blanco que pasa corriendo por la Alameda de Costa Gavras en la noche, o en el día, no sé. ¿Qué comieron? ¿Comieron? Cuando perdían las esperanzas de encontrarlo, Alfonso apareció solo en la casa de Ñuñoa. No había nadie. Su esposa no estaba pues andaba buscándolo con su suegro. Alfonso venía del

Regimiento Buin, ahí había estado, llegó flaco y demacrado y triste, una vecina lo recibió a la entrada del pasaje y lo llevó a su casa y le dio cazuela de pollo.

15. Otra idea: Este cuento, o lo que sea, podría haberse tratado de alguien que hace una reseña de un disco recientemente aparecido que contiene sólo 6 temas de larga duración. Los temas podrían ser los siguientes:

*Tema 1:* Trata de una mujer y su suegro buscando al esposo y al hijo desaparecido en noviembre de 1973, justo el día de su cumpleaños, el cumpleaños del hombre desaparecido.

*Tema 2:* Tres amigos van a Maipú a ver una Combi amarilla para comprar porque quieren trabajarla haciendo fletes frente a una ferretería. La revisan, no les gusta, vuelven a Santiago, pero en Américo Vespucio se detienen en un carro sanguchero a comer completos. Es la hora del atardecer. Los autos y camiones pasan veloces y ya encendidos por la ancha avenida en remodelación. Hay mucha destrucción alrededor, la calle antigua luce como después de un bombardeo, y ellos, los tres amigos, se sientan en una mesita en plena calle de tierra, a comerse dos completos cada uno.

La canción transmite la sensación de plenitud total, un momento de paz y pausa en medio del caos que los rodea. El tema podría llamarse llama “Diarrea”, por lo que les vino después de comer ese chucrut añejo y avingarado más de la cuenta.

*Tema 3:* Un hombre va al Teatro Municipal a ver cantar a una soprano que asesinó hace algún tiempo a una mujer en Alemania. Le lleva flores, la acompaña al auto, no habla nada con ella, sólo lo subyuga la cercanía con una homicida.

*Tema 4:* Un asesino en serie siembra el terror el Linares y sus alrededores matando a las mujeres que tienen la fortuna de agarrar el ramo de la novia en distintos matrimonios de la zona.

*Tema 5:* Un tipo rememora una tarde de domingo en Pedro de Valdivia con Grecia, año 1979, tal vez. Hace una semana que ha desaparecido Rodrigo Anfruns Papi, un niño que luego apareció muerto al lado de la casa de sus abuelos en Nuñoa. El hombre ahora es mayor, pero recuerda el terror que lo invadía en esa época, cuando tenía 9 años, el miedo terrible a ser asesinado, las pesadillas en las que se le aparecía el niño desaparecido y luego muerto, los titulares sensacionalistas de los diarios, el

gran cuento de horror infantil en una época de horror sensacionalista y secreto a la vez, como las pesadillas.

*Tema 6:* Un tipo se encuentra con un antiguo compañero del colegio, el guatón Medina, 17 años después de salir de clases, en el recital de una excelente banda argentina, o no, mejor en el Teatro Municipal, luego de la función nacional de la ópera, como el otro hombre solo. El guatón Medina ahora anda en moto, con botas, una mina atrás, él y su mina los dos con cascos. La canción habla de la sensación que le produjo al tipo encontrarse con este guatón. Lo encontró extrañamente derrotado, después de haber sido el canchero y el macuco del curso. El tipo, alguna vez, incluso detestó el guatón Medina, que jamás le devolvió una colección de revistas de “Barrabases”, “La ciudad y los perros”, de Vargas Llosa y “El jardín de al lado”, de José Donoso, autografiado por el autor. Incluso, el guatón negó que los tuviera.

16. A lo mejor, el cuento podría tratarse de un hombre solo que compra y escucha este disco, compuesto por estos 6 temas o canciones. Lo escucha mientras viaja al norte a vender su auto viejo, tal vez. No sé.

17. A lo mejor no es un disco. Podría ser un libro con seis cuentos, no sé, verlo más y mejor, etc.

18. Tal vez esto ya no es un cuento, sino una novela en la que interactúan estos personajes en sus respectivas historias.

19. Otra idea: Hay una micro que recorre Chile. Es una micro vieja, acondicionada por un hombre de Curicó como biblioteca y discoteca. El hombre salió un día de Curicó con su sobrino y ha llegado hasta Chiloé. En Achao están ahora vendiendo libros, revistas y discos. Es una micro pintada de muchos colores llamativos. También venden incienso. A lo mejor los 6 temas o cuentos o novelas son 6 temas o cuentos o novelas que van dentro de la micro. A lo mejor pasaron por Canela, o por Linares o Antofagasta.

20. A lo mejor no es un tipo el dueño de la micro, sino la cachonda profesora de Antofagasta que viaja por Chile vendiendo libros, discos e incienso y hace talleres fugaces en los pueblos y ciudades que visita y luego se mete en los bares con los alumnos jóvenes a tomar hasta las madrugadas y eventualmente se terminan acostando con uno o dos o varios de ellos en la litera que acondicionó en la parte trasera de la micro vieja y colorinche.

21. A lo mejor uno de los libros que vende, o que está leyendo la profesora cachonda, es el que trata de un tipo solo, con familia con problemas económicos y afectivos, que sale a vender su auto fuera de Santiago, un locutor de eventos rasca que luego de vender el auto en Canela, se queda trabajando, abandonado a su suerte, y abandonando a su familia en Santiago, en la instalación de la antena repetidora que por fin brindará a la comunidad canelina el beneficio de la televisión. No. Mejor se queda trabajando en lo de la carretera, pintando la eterna línea que divide a los que van al sur de los que van al norte, al medio de la ancha calzada. En esta actividad podría conocer y enamorarse de una mujer que trabaja cobrando peajes ahí mismo, unos metros más allá. Por las noches o las madrugadas, el tipo se va a dormir a Canela a un restorán-bar-pensión de mala muerte. Corteja a la muchacha. Él es mayor que ella. Ella, además, es candidata a reina en la semana canelina. Todo va coincidiendo. Todos los finales van llegando simultáneamente al mismo espacio temporal. Por un lado, los trabajadores de la antena repetidora están terminando de instalar el inmenso aparato que dominará de ahora en adelante el pueblo de las cabras secas y pedregosas. Por otro lado, el

tipo (el protagonista del libro que lee la cachonda profesora en Achao, acostada de lado en su micro vieja, mientras toma mate con aguardiente, recordando los calores y colores de Antofagasta) está terminando de pintar la línea divisora de la carretera. Por último, ya está terminando la semana canelina. Es la noche del gran veredicto. Nuestra heroína está nerviosa en la sala de clases acondicionada como camarín para las candidatas a reina en la escuela pública de Canela. Nuestro protagonista se ha emborrachado más de la cuenta. Ya ha besado a la muchacha y ha hecho el amor con ella en un cerro. De pronto el hombre solo ama esa vida, abandonado a su suerte. Salió a vender un auto y se quedó prácticamente a vivir ahí, en la Cuarta Región.

22. Otra idea: Como es locutor de eventos rasca, le han pedido que anime el evento rasca, que a esas alturas ya no parece tan rasca, todo lo contrario, pues con todas las luces de colores que han instalado en las calles y la plaza central, el evento no tiene nada que envidiarle a un certamen oficial de Miss Universo, sobre todo a los ojos de un alcohólico. Las autoridades del pueblo han querido hacer coincidir el final de la ceremonia de premiación con la primera transmisión televisiva.

Los obreros de la antena son invitados especiales y están sentados en primera fila, frente al escenario de cholguán en el suelo seco y pedregoso del salón principal del restorán-bar-pensión del pueblo, peinados con limón, encorbatados, las manos callosas, los cigarrillos en las comisuras de los labios, también bastante borrachos, ansiosos de ver los culitos vírgenes de las candidatas a reina, todas menores de 18 años, como nuestra protagonista, la única que ya no es virgen, pues, recordemos, hizo el amor con nuestro hombre solo en un cerro, una noche de luna llena, cerca, aunque no lo sabían, de una fosa clandestina donde aún yacen huesos de detenidos desaparecidos, secos como momias, y cerca también, mejor dicho, al lado de las cabras que raspaban las rocas y la tierra con sus pezuñas (el sonido que hacían las cabras al aferrarse a la ladera del cerro era muy parecido al sonido que hacían Él y Ella al forcejear mientras se sacaban la ropa, mientras jadeaban, mientras él la penetraba con fuerza, un polvo en el polvo, codos a tierra).

23. ¿Qué más? ¿Qué pasa ahí? Después del show del humorista local, un tipo de nombre Pato que se parecía o quería parecerse a Elvis Presley (que podría trabajar haciendo fletes en una ferretería

de Ovalle en una Combi amarilla que compró hace muy poco), y después del aria de “La Traviata” interpretada por la soprano estrella de la zona, una mujer mayor que alguna vez asesinó a una anciana en Alemania y que hoy vive en Ovalle y que se gana la vida cantando Avemarías en matrimonios, nuestro protagonista va a buscar a las candidatas a la escuela para avisarles que deben desfilas ante la concurrencia. El locutor rasca sale a la calle vacía y ligeramente oscura, entra a la escuela, se encamina tambaleando al baño del establecimiento y se empina una vez más la botella de pajarete escondido en una de las casetas con olor a amoníaco. Sale del baño, cruza el patio de la escuela, una extraña brisa tibia le desordena el pelo. Se detiene, inspira profundamente con la cabeza echada atrás, el olor es muy agradable, como si de pronto todos los cerros secos se hubieran poblado de árboles y pasto. Es como si recién hubieran cortado ese pasto. Escucha un rumor cerca de la sala camarín, afuera. Se acerca. Ahí está nuestra heroína apoyada contra un tambor oxidado lleno de agua de alguna lluvia histórica y por lo mismo lejana y sucia, riendo bajito, la falda de candidata de reina subida hasta las caderas, sin calzones, el guatón

Medina, uno de los trabajadores de la antena repetidora, metiéndole el pico con vulgaridad, como si los dos fueran dos quiltros en una pesadilla de horror sensacional. La perra ve al locutor rasca de eventos rasca, el perro guatón Medina también lo ve. No se separan. Ella quisiera hacerlo, pero no pueden. El perro guatón Medina la sigue culiando, ella, la perra del peaje hace pucheros, quiere explicarle, pero la siguen culiando, no hay vuelta que darle.

24. A lo mejor no están culiando. Sólo besándose, no sé, ver eso.

25. A lo mejor está besándose no con el guatón Medina, sino con otra candidata a reina. También ver eso.

26. En ese momento podrían escucharse grandes aplausos y gritos en el restorán-bar-pensión. El locutor rasca sale de la escuela. De nuevo se siente terriblemente solo. Cree que va a llorar, pero no lo hace. Lanza la botella vacía de pajarete contra el camino de tierra. La botella se quiebra. Unas cabras se acercan a comerse los vidrios rotos. Entra al salón del evento. Los aplausos cesan de golpe cuando aparece en la pantalla del único televisor del pueblo la primera imagen televisiva



que se ha visto en Canela. Ahí está la serie de moda, el asesino de los ramos de novia de Linares, el río Putagán y el río Achibueno, todos atentos, el locutor rasca se planta delante de la concurrencia, lo chiflan, quieren que salga de delante del televisor, él les grita, sabe cómo termina la serie, ya la vio antes, sabe quién es el asesino, varios matones le advierten que no se atreva a contarles nada, pero él se hace el valiente y se los dice, les canta el final de la serie en la cara, los aturde con la resolución del misterio, los mata de decepción con la palabra Fin dibujada en sus ojos llorosos. La noche de aquel día tiene que ser brutal. Entre todos lo sacaron a patadas del salón, llegó corriendo la perra del peaje a tratar de rescatarlo de la jauría que lo estaba matando. No pudo hacer nada. Lo subieron al Toyota Corolla Liftback del año '77 que le había vendido al alcalde del pueblo y lo



sacaron de Canela. Por primera vez tuvo miedo de morir asesinado. En la parte trasera del vehículo su cuerpo iba saltando por el camino de calamina en dirección a la montaña. En su mente apareció una línea divisoria recién pintada. Las cabras se terminaron de comer sus huesos, sus zapatos y su ropa.

27. La cachonda profesora de Antofagasta cierra el libro, insatisfecha. Da una última chupada a su mate con aguardiente. Hace frío en Achao. Empieza a llover. Ella habría preferido otro final.

Incluso otro desarrollo para la historia en general. Por ejemplo:

*a.* En lo que compete al desarrollo de la historia, habría preferido que la antena repetidora hubiera estado instalada hace tiempo en Canela.

*b.* Que, por lo mismo, hace tiempo ya que todos en Canela se venían juntando en el restorán-bar-pensión a seguir la trama del asesino en serie de Linares y sus alrededores.

*c.* Que el día de la premiación de la reina de Canela hubiera coincidido no con la primera transmisión de la antena repetidora, sino con el día en que se transmitía justamente el final de la serie, final que ya conocía nuestro protagonista porque lo había visto meses antes en Santiago, tal vez junto a su familia, durante una discusión con su esposa por la falta de plata o por los problemas de él con el alcohol.

*d.* Que en esas circunstancias, y no en las descritas en la novela que acaba de leer, nuestro protagonista le hubiera contado a la ansiosa concurrencia el desenlace del programa televisivo. Así, según ella, se habrían justificado mucho mejor la rabia, el desencanto y la furia del pueblo entero contra este forastero mala leche, borracho

y despedido. Mañas de tallerista cachonda, corregirlo todo. En lo que compete al final mismo de la novela que ha terminado de leer, la profesora habría preferido que él no muriera. Lo imagina de vuelta en Santiago, con problemas médicos graves luego de la golpiza que ocurrió un mes atrás en Canela. A lo mejor él podría ir en ayunas a sacarse sangre para unos exámenes. Son las ocho de la mañana. La enfermera le mete la aguja en el brazo izquierdo. El le tiene pánico a las agujas. Mira para el lado, las lágrimas a punto de brotar de sus ojos. La enfermera llena tres tubitos con su sangre. Lo despide. El sale de la clínica sin monedas para un desayuno. Está terriblemente solo. Podría desmayarse, golpear la cabeza contra el suelo, quedar tirado en el medio del estacionamiento vacío del mall que hay a un costado.



## PABLO TORCHE

*Nació en Santiago en 1974. Estudió Psicología en la Universidad Católica de Chile y luego un Magister en Literatura por la Universidad de Londres. Ha obtenido en dos ocasiones el Premio del Consejo Nacional del Libro: primero por el volumen de relatos "Superhéroes" (RIL, 2001) y luego con "En compañía de actores" (Ediciones B, 2004).*

## MOCHILEO EN MACHU PICHU

*Pablo Torche*

Juntamos unos pesos y decidimos irnos de mochileo a Perú. Sus papás eran bastante conservadores así que tuvimos que inventarles que nos íbamos con un grupo grande y que haríamos con ellos todo el viaje. De cualquier forma era bastante evidente que dormiríamos juntos, pero al final ella consiguió la autorización igual y partimos con el abundante equipaje a la estación de buses. El viaje estuvo bien a pesar de lo largo y desembarcamos en Arica llenos de optimismo. Teníamos que hacer hora durante todo el día y decidimos ir a conocer la playa. Para nuestra sorpresa estaba totalmente desierta y caminamos largo rato sobre la arena tibia. El océano encrespaba penachos espesos de espuma sobre las olas y los depositaba a nuestros pies. Satisfechos de nuestro arrojo y excitados por la soledad del ambiente nos besamos ardientemente

y luego nos tendimos en el borde solitario del mar y estuvimos largas horas entregados al placer, llenándonos de besos y caricias. Luego emprendimos el regreso. Las palmeras escasas sobre el Morro se agitaban en el viento furibundo y la enorme bandera nacional flameaba produciendo un ruido que recordaba graznidos de pájaros.

Atravesar la frontera fue bastante fácil y tuvimos una jornada lánguida en Tacna. Todo es más barato en Perú, así que nos la pasamos comparando precios y resistiendo la tentación de comprar más y más cosas. Nos hospedamos en un sencillo hotel céntrico y nos fuimos a la cama temprano, ya que al día siguiente tendríamos que madrugar para tomar el vuelo a Cuzco. Llegamos a esta ciudad cerca de mediodía. El sol estaba alto y brillaba sobre las fachadas blancas y las tejas burdeas, parecía que estuviesen intercambiando

sonrisas o guiñándose el ojo. Las calles bullían de gente y, viéndonos con mochilas, de inmediato un par de tipos se nos acercaron para ofrecernos alojamiento. Tuvimos un tortuoso recorrido por algunos de los sitios disponibles y al final optamos por un hostel un poco retirado del centro, pero con una vista preciosa sobre la ciudad. Nos dieron una habitación enorme, con unas seis u ocho camas, pero nosotros éramos los únicos huéspedes. El calor era agobiante y el ventilador erguido en una esquina hacía poco por aliviarlo. Nos dimos sendas duchas y a continuación nos tendimos a esperar que pasara lo más pesado de la canícula. El cielo, a través de la obertura que hacía las veces de ventana, era de un celeste intenso (parecía pintado) y en la tranquilidad y el silencio de la hora de la siesta la tarde semejaba cimbrarse y arrastrarnos en un suave balanceo. Natalia dormitó un rato apoyada en mi pecho desnudo y yo me dejé llevar por cálidas meditaciones. Cuando el atardecer trajo un tenue frescor, nos desprendimos de la modorra que adormilaba nuestros miembros e hicimos el amor largamente. Fue un evento apasionado y, al menos yo, quedé estragado.

Después que hubimos terminado acaricié su espalda húmeda y su pelo negro y algunas palabras, que no tenía previstas, vinieron a mis labios y las deposité en sus oídos. Su cuerpo, levemente moreno, se veía dulce extendido sobre las sábanas. Desde la ventana, la noche en ciernes llenó la habitación de un agradable temblor azulado. No me sentía ya excitado, pero en silencio y con algo de vergüenza, acaricié la idea de quedarnos juntos en la cama por toda la noche. Pero luego de un rato Natalia se paró para ir al baño y yo también me incorporé. Tras arreglarnos brevemente, salimos por primera vez a la noche cuzqueña.

El aire estaba frío bajo el firmamento negro tachonado de estrellas y apuramos el paso sobre los adoquines oscuros, por las estrechas calles de Cuzco viejo. La enorme Plaza de Armas estaba concurrida y la fuente al centro desparramaba ruidosamente en el aire su quejido helado. La mayoría de los presentes eran turistas, y entre ellos se desplazaban niñitos ofreciendo diversas mercancías o bien una lustrada de zapatos. Trabajamos contacto con un grupo de chilenos que conocíamos de vista de la universidad y que nos

recomendaron un bar en el cual vendían tragos a mitad de precio. La atmósfera era estimulante entre los paseantes de todas las nacionalidades y todavía nos dimos unas vueltas por las callejas aledañas antes de trasladarnos al sitio en cuestión.

Se trataba de un bar amplio y cómodo cuyas ventanas se abrían hacia la plaza. A medias entretenidos por esta vista, a medias por la música en vivo de un conjunto folclórico, empezamos la noche con varios pisco-sours. A medida que pasaba el tiempo el lugar se fue llenando de gente y, de pronto, los chilenos que nos lo habían recomendado se aparecieron con un grupo grande y se sentaron a nuestro lado. El ambiente se volvió alegre y, con los tragos, un poco descontrolado. Algunos se pusieron a gritar y en los rincones, tal vez, se produjo una refriega. Yo conversé con un par de holandeses que andaban en Perú con la intención de contactar grupos indígenas; como la conversación me resultaba interesante, me desentendí un poco del jolgorio general. A cierta hora, todo el grupo decidió trasladarse a una especie de discoteca cercana y, como una manada de bestias, afluimos por la escalera de madera hacia el exterior que, quien sabe si a causa del reflejo de

los cerros, estaba poseído de un tono purpúreo. Los holandeses se desaparecieron y yo seguí con pasos solitarios a Natalia, que había entablado amistad con unos tipos que parecían gringos.

La discoteca me pareció menos promisoría que el bar. Consistía en dos pisos relativamente estrechos, cada uno provisto sólo de una barra larga y una pista de baile. Me di cuenta enseguida que estaba plagado de chilenos, lo que no me produjo en primera instancia una sensación agradable. Nos acodamos en la barra y, no sin algún esfuerzo, conseguimos unas cervezas. Me sentía bien en todo caso, semi-borracho observando la gente que danzaba como flamas entre las luces de colores. Natalia me presentó con sus amigos, que resultaron ser australianos, y que me parecieron más bien aburridos. O tal vez fuera sólo que no les entendía muy bien el inglés. De cualquier forma se pusieron a hablar enseguida de mujeres y de sexo, y de sus experiencias con chicas latinoamericanas, lo que me molestó un poco. Luego uno sacó a bailar a Natalia y el otro se perdió en busca de una conquista improbable. Un rato largo transcurrió en que estuve callado y bebiendo, recordando y dejándome abrazar por el



presente, sin grandes ambiciones y sin temores. Sería absurdo intentar describir lo que sentí en ese lapso ni tratar de estimar cuánto duró. A continuación me abstraigo observando la luna, colgada en medio del resplandor azul de una ventana y a continuación, saltando en la pista de baile divisé a Natalia, vibrante y prodigándose en un raptó que me recordó la locura. Creo que era el australiano el que bailaba con ella y que en un momento se le acercó, como si quisiera hablarle, u olerla, y entonces me pareció que le daba un beso. Enseguida los perdí de vista.

Cerca del amanecer volvimos al hostal. La ciudad estaba dormida y desde los rincones, o bien desde sus entrañas, exhalaba un vaho amargo, o ácido, algo que escocía en las fosas nasales. En las esquinas se erguían montones de basura y a su lado borrachos, o mendigos durmiendo. Alrededor de la plaza todavía deambulaban algunos turistas, pero a medida que nos internábamos por las callejuelas progresivamente estrechas, la ruta se fue quedando vacía. El resplandor cansado de la luna arrancaba de los escalones, que se encaramaban por las pendientes de tierra, reflejos

marrones o bronceos. Ya en las faldas del cerro la atmósfera se volvió negra y sólo algunos faroles, anidados en manchones de verde, despedían un zigzagueante cordón iluminado, como el vuelo de un insecto. Me sentí un poco atemorizado y, casi sin quererlo, fui a buscar la mano de Natalia, que estaba húmeda, pero fría. Al voltear una esquina nos topamos casi de frente con un grupo de hombres. Llevaban ponchos y sombreros y nos cerraron de inmediato el paso. Sus rostros eran oscuros, como si los hubiera tiznado la oscuridad, pensé, y entre medio de rasgos toscos que parecían poco habituados a la expresividad, los ojos pequeños despedían un diminuto brillo acerado. Una oleada de sudor frío me afloró a la piel. No miré al lado, pero la mano de Natalia se mantuvo inmóvil al interior de la mía y me dio la impresión que ella no compartía mi inquietud. Los hombres nos encararon con frases cortantes que modelaban con voz ronca y de un momento a otro me sentí asediado por un peligro mortal. Sin proponérmelo deliberadamente, desvié la vista. Desde detrás de las casas que caían junto a la ladera del cerro, el amanecer desperdigaba una floración

celeste sobre el cielo. Contigua a mí, Natalia aparecía extraordinariamente calma. A pesar del frío reinante, llevaba sólo una blusa blanca que flameaba en la brisa que bajaba de los montes y la rodeaba de una singular hermosura. También me fijé en sus ojos, que temblaban oscuros al alero de sus pestañas negrísimas y me sentí protegido. Los hombres no mostraron ningún arma, sólo guardaban los brazos bajo las mantas y, a través de los labios apenas entreabiertos nos demandaban dinero. Yo saqué mi billetera y les di todo lo que tenía. Natalia ha de haber hecho lo mismo, todo fue muy rápido y los gestos revoloteaban en la penumbra temblorosa y desaparecían enseguida. Luego los hombres se deslizaron por un costado y prosiguieron tranquilamente su descenso flanqueados por las fachadas de las que efluía ya un tenue humor blancuzco.

Un poco más arriba nos cruzamos con otro grupo de hombres y tuve oportunidad de sentir una segunda oleada de sudor frío bajándome por la espalda. Pero transitaban por la acera contraria y ni siquiera pararon mientes en nosotros.

En el hostel descubrimos que las camas restantes de nuestra habitación habían sido ocupadas y



tuvimos que instalarnos en la nuestra cuidando de no meter mucho ruido. El incidente me había dejado un sabor amargo y me costó un poco quedarme dormido. Cuando lo hice el amanecer clareaba ya el aire de la ventana y en algún patio vecino un gallo cantaba sin cesar su canto estridente.

Los días siguientes los pasamos a un ritmo bastante agitado. Fuimos a conocer las ruinas vecinas, la catedral enorme y algunos otros edificios, y paseamos interminablemente por las calles de la ciudad que, hacia los alrededores se hacían serpenteantes en torno al canto de los cerros y ofrecían hermosas vistas de las quebradas y los valles aledaños. En las noches salíamos a beber y a bailar y a participar del estado general de fiesta que se apoderaba del centro de la ciudad.

Ya nos sentíamos un poco cansados cuando emprendimos la ascensión del camino del Inca. La excursión hasta Machu Pichu tomaba unos tres o cuatro días de subidas y declives de exigencia variable, de los cuales sólo el primero era relativamente poco fatigado. A pesar de esto la caminata nos extenuó y al atardecer llegamos exhaustos al campamento. Armamos la carpa (o, mejor dicho, armé la carpa) con desgano y a

continuación bajamos a un arroyuelo vecino a bañarnos. El agua que descendía de los cerros estaba realmente congelada y ninguno tuvo el valor de meterse entero, así que montamos un aparatoso sistema de lavado por presas. Ya limpios retornamos a través de las matas parduzcas al campamento. Sobre nuestras cabezas el cielo se había vuelto negro con increíble rapidez, pero en toda la circunferencia del horizonte aparecía de un color ceniza, como si detrás de los montes ondulados se hubiese extinguido ha mucho un incendio. Alguien había encendido una fogata al centro de una explanada y los viajeros se arrimaban a su alrededor a conversar o cantar. Nosotros también llevamos nuestro anafre junto al fuego y Natalia se abocó a la preparación de una pasta boloñesa. Sentado en un tronco, con el frío a mis espaldas que se agitaba y abalanzaba como una fiera sobre el palpitante del fuego, el humo se veía hermoso escarmenando el aire con sus nudos plumizos y blancos y finalmente dispersándose entre las estrellas. Alguien tomó el liderazgo del grupo y propuso una competencia de chistes para combatir el frío. Después de un rato se puso en circulación una botella de un licor peruano, algo

lechoso, bastante difícil de beber pero en el cual todos ejercitamos nuestros labios. Natalia se reclinó sobre mis piernas y dentro de poco se dejó envolver por el tejido de las estrellas y sus ojos se cerraron y probablemente se durmió, o al menos su respiración se volvió acompasada y regular y, de vez en cuando, suaves estremecimientos recorrían sus miembros y sus manos. Yo me puse a conversar con unas chicas canadienses que se habían sentado a mi lado, en el mismo tronco que yo ocupaba. Las dos eran hermosas, de tez pálida, que el frío y el fuego sonrosaba, y de voz dulce. El inglés no era su primer idioma y por lo tanto lo hablaban con lentitud y claridad de manera que la charla fluyó fácil. Hablamos de Latinoamérica y del mundo y de los estudios y de arte y, de pronto, nos encontramos hablando del futuro, y acaso del sufrimiento que nos depararía a todos el futuro y sentí como mi cuerpo, entibiado en el regazo por la respiración sosegada de Natalia, se sacudía ante una emoción desbordada. Tal vez una de las muchachas se levantó y se fue, tal vez nunca existió, el caso es que de pronto sólo éramos dos mirándonos los rostros amarilleados por el fuego contra las paredes rocosas de la caverna de la noche. Sus labios carmín contrastaban con su

pelo amarillento. A veces sus manos lánguidas subían junto a sus hombros y esparcían una nube de talco con un gesto de añoranza o resignación. Todo en ella era delgado y su voz acudía tenue a constatar esta existencia frágil y vagabunda. Las demás siluetas fueron desapareciendo como fantasmas alrededor del fuego extinto y sobre los montes brotó un suspiro verde. Pero nada había en el ambiente que se lamentara, sólo los sueños de Natalia, que eran sobre arco-iris o tesoros enterrados, y nuestras palabras iluminadas, como una canción. Sentí la tentación de atrapar su mano, cuando nos despedimos antes de ir a acostarnos, o su semblante pálido que sonreía, pero sólo le dije buenas noches con una seña.

Tuve que afirmar a Natalia, que caminaba como una sonámbula, a medida que bajábamos por el senderito claro que se hundía en la penumbra. A ambos costados se oían murmullos humanos entreverados en el ruido gutural de la tierra y el agua. Un espiral azul bajaba por el cielo y se consumía en las montañas negras. Nos metimos en la carpa en silencio y, un vez en el saco de dormir, pensé que nos dormiríamos inmediatamente. Natalia dejó caer una de sus

manos, que estaba fría, o mojada, o algo entre esas dos cosas, y tanteó mi pecho como si quisiera arrancar una melodía de él. No se podía decir si estaba dormida o despierta. Sus párpados caídos hacían parecer su rostro más grande, y lleno de paz reposando en sus facciones suaves.

-Pablo –dijo al fin, como si hablara con un personaje de sus sueños.

-¿Sí? –le dije. Desde el exterior nos llegaba el tranquilo croar de un grillo.

-¿Por qué no me haces cariño?

Le alcancé el abdomen, que temblaba, y dibujé ahí una caricia circular.

Pasó un rato y se rió apenas.

-¡Ay! –la escuché quejarse-. Ahí no, que me hace cosquillas.

Busqué el ombligo y tracé círculos a su alrededor. Se quedó callada, de una manera especial, con un callar apaciguado. Seguramente dormiría, pensé, pero después la escuché hablar de nuevo:

-¿No fue buena idea haber venido?

-Maravillosa –dije yo, concentrado en la caricia.

-¿Qué estaríamos haciendo en Santiago?

-Lo mismo.

-Tonto –dijo ella. Tras un breve silencio añadió:- Cuando volvamos a Chile, voy a proponerte algo.

-¿Sí? ¿Qué cosa?

-Quiero que nos vayamos a vivir juntos.

-Tus papás se morirían –dije.

Suspiró, todavía como en sueños, y después dijo:

-No, no se morirían. Me gustaría vivir contigo.

¿Tú no quieres vivir conmigo?

La noche infiltraba un vientecillo helado en la carpa y yo le dije que sí, que quería vivir con ella. El espacio que separaba nuestros cuerpos comenzó a llenarse de tibieza.

-Hoy día me topé de nuevo con los chilenos de Cuzco –dijo después.

-Sí, yo también los vi. ¿Son simpáticos?

-Mmmm –hizo un gesto, como si la molestara una pelusa-. Hay uno que es simpático. El que estudia Medicina. Ése es el más sencillo.

-Sí.

-Ése me cayó bien –dijo.

-Sí, ése es el más simpático –dije yo.

-Uf, estoy muerta –dijo estirándose un poco-.



¿Mañana a que hora vamos a partir?

-No sé. Deberíamos despertarnos a las ocho

-Sí.

-Y mañana es el día más difícil.

-Ojalá no haga tanto calor.

Se volteó y quedó mirando hacia arriba, y de sus ojos abiertos emergió un brillo plateado, como si contuvieran una lágrima. Nuestras manos se juntaron a la altura de las caderas.

-Dormí tan bien hoy día al lado de la fogata.

¿Cuánto rato dormí?

-Como dos horas –le dije.

-Tú conversabas con alguien

-Con unas canadienses.

-¿Qué te decían?

-Me decían que los hombres latinoamericanos son unos machistas.

No dijo nada por un rato.

-¿Tienes sueño? –le pregunte después.

No dijo nada y supe que quería decir “no”.

-¿Por qué no me haces masaje en la espalda? – me pidió.

Se dio vuelta, estaba completamente desnuda. Era delgada, especialmente en las piernas, y cuando las tenía juntas y estiradas, como ahora, parecía una sirena. El pelo estaba desparramado a uno de sus costados. Desde algunos resquicios de su piel, especialmente cerca de las orejas, se colaban briznas blancas.

Me senté sobre ella y con las manos le sobé los hombros. Se veía tan bonita dejándose acariciar que no hubiera querido nada más.

“Bueno, pero nos iremos a vivir juntos cuando volvamos a Santiago”, debe haber dicho en algún momento, porque yo le dije que sí, que viviríamos juntos. Después le conté las costillas y palpé sus caderas blandas y sus senos. La besé con cuidado en el cuello y la nuca, allí donde su pelo se alejaba de su cuerpo y se desparramaba sobre los pliegues del saco. Mucho rato después ella se incorporó un poco y yo le pregunté si podía penetrarla en esa misma posición. No dijo nada pero su cabeza se balanceó en un signo de aquiescencia. Buscó apoyó con las rodillas y las manos y yo apoyé las mías en sus cintura y pronto encontramos al unísono un orgasmo lento y prolongado.

El día siguiente fue todavía más caluroso que el anterior y el ascenso por la pared rocosa resultó agobiador. Yo llevaba gran parte del equipaje y me costaba mantener el paso. A mediodía alcancé a Natalia, esperándome sentada sobre un tronco cruzado sobre un río. Me senté a su lado y me tomé unos momentos recuperar el resuello. La corriente se perdía cerro abajo y la luz cantaba entre las hojas de los árboles, como un insecto. Tomamos unos tragos de agua y conversamos un rato, luego nos pusimos en marcha de nuevo y pronto se perdió de vista otra vez, entre el verde metálico que los arbustos balanceaban a ambos lados del camino.

Mientras remontaba una pendiente interminable que corría estrecha junto a un precipicio la divisé otra vez, mucho más adelante, confundida en la procesión de viajeros extenuados. Me pareció que avanzaba junto a los chilenos y que conversaba con aquel que le había caído bien, que llevaba un jockey.

Casi al terminar el día arribé a la cima de la montaña, que constituía el fin del recorrido por ese día. Sobre unas pircas derruidas la gente buscaba la mejor posición para observar el valle inmenso

extendido a nuestros pies. El viento se volvía oscuro y azotaba la cumbre descubierta. Me senté en el suelo y observé extraviado en derredor. En algún lado debía haber un torrente de agua, porque se escuchaba su rumor hosco y como sofocado. Dejé que los músculos se me entumecieran en la inmovilidad prolongada y creo que hasta dormité unos momentos antes de sentir una voz que, emergiendo de una silueta oscura frente a mí, me saludaba con efusividad. Se trataba de uno de los holandeses que había conocido la primera noche en Cuzco.

-¿Muy cansado? –me dijo.

-Uf, muerto.

El otro apareció a su lado. Llevaba algo humeante en la mano, una taza de té o un cigarro, no lo pude distinguir con claridad porque contra el cielo todavía blanco, los veía como negativos de fotografías.

-Esta última subida –dije–, creo que es la peor de todo el camino.

-Lo peor es la bajada de mañana –dijo el que cargaba el té o cigarro.

-La bajada no es problema –dije yo.

—Eso es lo tú crees —replicó, un poco didáctico—. Al principio uno no se da cuenta, pero cuando bajas por mucho tiempo, los músculos de detrás de las piernas se te llenan de calambres.

Se instalaron a mi lado y conversamos por un buen rato, hasta que la oscuridad cayó por completo y sólo algunas piedras relucían tristemente debajo de las estrellas. Nos desplazamos casi a tientas al otro lado de la cima, donde la gente había armado el campamento. Por alguna razón (tal vez había algunas nubes) estaba mucho más oscuro que la noche anterior y había que moverse con lentitud. Nadie había hecho fuego y las parejas o grupos se esparcían sobre la hierba, alrededor de lámparas a gas. El sitio no era demasiado grande y estaba circundado por un anillo de matorrales, oscuros, estremeciéndose constantemente como si el viento los agitara desde el interior del follaje. Hacia uno de los costados Natalia estaba sentada con el grupo de chilenos. Me llamó con una mano trémula sacudida en el aire y fui hasta ellos. Comentamos el trayecto y el cansancio de la jornada y tomamos una sopa que estaban preparando y luego café. El ambiente a nuestro alrededor se fue quedando en silencio y la atmósfera se volvió íntima, como

si estuviéramos solos, aunque todavía se podían distinguir los bultos de las carpas y algunas sombras caminando aquí y allá. Los chilenos tenían cuerda para toda la noche, pero yo estaba cansado y le dije a Natalia que sería mejor que nos fuéramos a armar la carpa.

Nos despedimos y buscamos un lugar que pareciera apropiado. Del otro lado de la franja de arbustos, tras una breve bajada, hallamos una explanada del tamaño justo. Estaba protegida por una roca y a sus pies corría el río, que no se veía pero se escuchaba en su transcurrir violento. Levantamos nuestro campamento con eficiencia a pesar de que la oscuridad era total, y contábamos sólo con una linternita ridícula cuya luz semejava una gran pelusa amarilla. Cuando hubimos concluido observamos por un rato la luna que, oculta detrás de las nubes, extendía a su alrededor un halo rosado. Pero hacía frío y nos metimos pronto en la carpa. El silencio, que latía alrededor del rugido del agua, se hizo denso en el ambiente reducido, y parecía provenir de nuestro interior. No se veía nada, sólo distintas gradaciones de oscuridad que se replegaban y deslizaban ante nuestros movimientos. Pero nos intuimos en

la fragilidad silenciosa y nos aproximamos o ensamblamos en un abrazo.

Tal vez nunca habíamos estado tan juntos como esa noche, la manera en que su cuerpo me recibía y dábamos curso a nuestras ansias, como joyas engastadas en el ritmo de la noche. De manera que al día siguiente nos levantamos tarde y casi todos se habían marchado ya. Estaba completamente cubierto y las nubes, blancas y plomas, colgaban muy bajas, casi al alcance de nuestra mano. Nos bañamos semi-desnudos en la corriente gélida, y jugamos a arrojarlos trenzas de espuma plateada. Luego deshicimos campamento y abandonamos el lugar.

Ese día hicimos casi todo el recorrido juntos, y nos sacamos algunas fotos en los antiguos miradores incas y en las ruinas de puestos defensivos o fronterizos. Los valles ondulaban verdes y sombríos ante nuestros ojos y, al atardecer, las montañas más lejanas se volvieron púrpuras y moradas. Enseguida cayó la niebla y lo más grueso del espectáculo arqueológico se presentó a nuestra vista sofocado por los jirones de humo.

Me sentía extraño cuando nos aproximamos a

la planicie acondicionada para hacer el camping. Era como si viviera en parte de recuerdos o los recuerdos se cernieran sobre mí, de a fragmentos, como cuando los hombres, en número de tres, habían tomado nuestro dinero un poco antes del alba en Cuzco, o cuando Natalia había dormido en mi falda junto al fuego y su mano dormida temblaba en la claridad de las llamas. Era algo para lo cual no estaba acostumbrado, esto, lo que me estaba ocurriendo, también recordaba sus ojos, o su ojo, detenido en una mirada dura, cuando lo mantenía abierto sin parpadear mientras caminaba a mi lado, o cuando le había hecho masaje, largo tiempo, en el silencio.

Lo mismo armamos la carpa como si nada ocurriera y fuimos al casino instalado en un enorme galpón vecino. La gente atiborraba el recinto, casi todos tomaban y gritaban, algunos cantaban al ritmo de una guitarra. Allí en un rincón divisamos a los chilenos que nos hicieron señas. Estaban bebiendo y riéndose de cualquier cosa, una algarabía que me resultó un poco tediosa. Pero Natalia estaba en vena para ese tono y hubimos de sentarnos con ellos. El tiempo transcurrió en ese ánimo un poco superficial,



pero alegre, por horas. Yo no dije mucho, sólo contemplaba a la gente y bebía. Ya avanzada la noche divisé a una de las canadienses que había conocido hace dos días. Me volteé hacia ella y le hice señas y vino enseguida a ubicarse a mi lado. Le pregunté por su amiga (la más hermosa de las dos) y me dijo que se había agarrado una infección al estómago terrible la noche anterior y estaba todavía postrada en la carpa. Esta noticia me desoló y pensé ofrecerle algún tipo de ayuda pero, ¿qué ayuda podría ofrecerle?

Nos pusimos a conversar de otras cosas y me dijo que detestaba el bullicio y la hilaridad exagerada de esa noche. Yo miré alrededor, como si buscara una respuesta, o bien quisiera esquivarla, y vi a Natalia, que había hecho buenas migas con el chileno del jockey y cantaban a dúo, creo que una canción de Los Jaivas. Le dije a la canadiense que era bueno beber y divertirse un rato, pero no olvidar.

-¡Ajá! -dijo con una mueca sardónica-. Por favor enséñame cómo se hace para olvidar.

Después de un rato nos pusimos de pie y, proveídos de sendas botellas de cervezas, abandonamos el recinto. Hacía frío y era todo lo

contrario de lo que podría llamarse una noche hermosa. La niebla se había disuelto, pero la oscuridad era espesa, cafesosa, flotaba en el aire como un escualo y de vez en cuando te pasaba a llevar la cara. La canadiense dijo que conocía un lugar perfecto para conversar y me guió por un escarpada pendiente hasta el borde del río, o de una poza, que reposaba inmóvil apenas afligida por los rayos lunares. Seguimos bebiendo, apoyados contra unas rocas. El ambiente me parecía siniestro y un olor fétido se escapaba de las aguas. Pero ella halló como camuflarse en la penumbra y entonces ya sólo pude distinguir el contorno sepia de su cabello y sus ojos de un color verde musgo y, de vez en cuando, una mano rosada que levantaba para espantar a los mosquitos.

Me dijo que había viajado tres meses por Sudamérica y que cuando volviera a Canadá pensaba estudiar comercio exterior o relaciones internacionales. Después me preguntó a qué me dedicaba y, cosa curiosa, se interesó por saber qué hacía mi familia. Me contó muchísimas anécdotas de su viaje, los animales extraños que había visto, cada personaje con que se había

topado, cómo había vivido, por ejemplo, con una vieja rasta en una cabaña en Ecuador. La conversación era agradable y el tiempo se me pasó volando. Hacia el final de la cerveza, que bebíamos lentamente, hablamos de los proyectos y de los planes para el futuro. Una lágrima se había desprendido de la luna y descendió con un quejido hasta el vientre del agua y, justo antes de tocarlo, explotó en un montón de virutas resplandecientes. En la otra ribera, las lonjas de tierra se distinguían cafés y verdes, deslizándose hacia el río como si quisieran beber. Luego aparecieron algunas estrellas y comenzaron a planir su sueño vagabundo.

Dije que era mejor que regresáramos y emprendimos el trabajoso ascenso hasta la planicie. Las carpas se erguían quietas y mudas, algo ausentes, como si no existieran en verdad. Un árbol elevaba en el aire el tétrico follaje del amanecer. Parecía que estuviéramos solos y parecía que fuera un cementerio, ese camping. Antes de despedirnos nos quedamos callados en la incomodidad del momento. Ella puso un paso entre ambos, tal vez hacia su carpa, que inflaba sus fuelles azules un poco más allá, y me

preguntó si no quería entrar con ella. Me pregunté qué clase de enfermedad sufriría su amiga, si es que estaba realmente enferma, y a continuación pensé que tal vez su amiga no existiera en realidad. Le dije que no, gracias, y le di las buenas noches. Encogido, tal vez por el frío, me dirigí a mi carpa, pero Natalia no había llegado aún. Las estrellas que llenaban el cielo se derramaban hacia los costados (hacia el polo, se me figuró) como fuegos artificiales. Me colé en el interior y me cubrí apenas con el saco. Un sueño pesado me invadió. Un rato después sentí vagamente que Natalia llegaba y se acurrucaba a mi lado. Cuando nos despertamos el sol estaba alto y la carpa era un horno.

Recorrimos Machu Pichu junto con los chilenos durante todo un día sofocante y agotador. A la noche yo quise que nos quedáramos en el mismo sitio, para descansar, pero Natalia insistió en que nos fuéramos con los chilenos a Aguas Calientes, un pueblito que quedaba al fondo de la ladera. De manera que tuvimos desarmar todo y emprender la caminata cerro abajo. Nos instalamos en un hotel miserable, pero al menos nos pudimos duchar con comodidad. Luego nos reunimos con

el resto frente a la entrada y partimos en búsqueda de un lugar donde comer. El pueblo, me di cuenta entonces, consistía nada más que en una hilera de casas y negocios a ambos lados de una línea de tren, algo que me pareció desolador. En el camino nos topamos con los holandeses y yo los invité calurosamente a que se nos unieran, pero seguramente intuyeron algo y declinaron, con cualquier excusa.

Nos instalamos en una de las mesas que se extendían como un espejismo a lo largo del andén y nos pusimos a comer y beber. Natalia estaba a todas luces interesada, o seguramente envuelta ya en algo con el chileno aquél, y me prestaba escasa atención. Después de una cerveza, que me pedí como bajativo luego de la cena, me retiré arguyendo que el ajetreo del día me había provocado dolor de cabeza (lo que era en parte cierto). Me alejé junto a la línea del tren, contemplando el tajo profundo del cielo que se incrustaba como un navío entre las aguas verdes de los cerros. Un poco más allá distinguí a los holandeses comiendo tranquilamente en una mesa. Sin pensarlo dos veces (de la misma forma en que, por ejemplo, había rechazado la invitación de la

canadiense) fui hasta ellos. Si se sorprendieron de verme o, en vez, como que lo esperaban, no puedo decirlo. Pero me acogieron con cordialidad y me senté a su lado. De lo que fuera que estuvieran hablando, lo dejaron inconcluso y se produjo un silencio incómodo. Enseguida alguien alabó la comida peruana y nos entretuvimos un rato en eso, y después en las impresiones que nos había producido Machu-Pichu. Enseguida uno, el más alto y flaco, dijo con tono irresoluto.

-Pablo, perdona ¿te puedo preguntar algo?

-Sí, cualquier cosa.

-Tu y esa chica...

-Natalia –le dije yo, recordando sus ojos negros, el negro de su pelo que caía sobre sus hombros y oscurecía su piel, a lo largo de casi todo su cuerpo, excepto en aquellos puntos en que todavía sobrevivía una lumbre dorada.

-Natalia –repitió el holandés-. ¿Ustedes viajan juntos no?

-Sí.

-¿Pero son novios o no?

-No, no novios –dije yo.

Se calló por un momento, y pensé que me preguntaría si teníamos sexo. Pero sus ideas se ordenaron de manera diversa y dijo:

-¿Ah, no hay nada entre ustedes?

-Bueno –dije–. Somos amigos.

-Ahá. ¿Viajan siempre juntos?

-No, no siempre –sus preguntas empezaban a importunarme–. Esta es la primera vez.

-Ah, ahora entiendo –dijo el holandés. Intercambió con el otro una mirada llena de sugestión–. Es que anoche vimos que se quedaba con el otro chico.

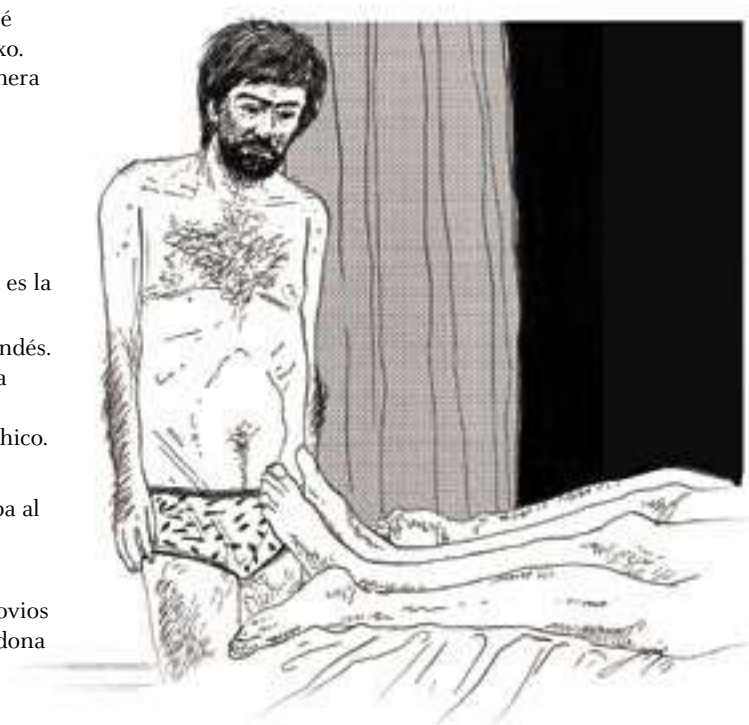
-Sí –dije.

-Los vimos porque su carpa estaba al lado de la nuestra.

-Sí –dije.

-Pensábamos que ustedes eran novios –dijo. Se rió un poco–. Por eso. Perdona el interrogatorio.

-No, está bien –dije, sintiéndome cansado hasta el extremo.



Conversamos un rato más, y ellos se pusieron a hablar de conseguir fondos con una organización belga y realizar un proyecto en Perú. Me costaba seguir el hilo de la conversación y dentro de poco me puse de pie. Los rieles relumbraban como dedos en el foso de la línea y se hundían en el infinito.

-No te vayas –me dijeron los holandeses-. Ahora vamos a pedir una botella de whisky. Nosotros invitamos, vamos, quédate a una copa.

A diferencia de otras ocasiones, ahora ponderé su propuesta. Las nubes habían descendido sobre Aguas Calientes como una mordaza y pensé que sería hermoso quedarse y beber y hablar hasta que el primer tren de la mañana desgarrara el manto de niebla. Pero en realidad no podía más y, tras agradecer su invitación, regresé al hotel.

Después de tres días de camping la blandura de la cama me provocó un placer inesperado. Me estiré entre las sábanas frías y ásperas y disfruté los últimos momentos de vigilia sin pensar en nada.

Todavía era de noche cuando Natalia llegó. Se deslizó a mi lado aparatadamente y, como yo no reaccionara, se preocupó de despertarme por medio de un pellizcón.

-¡Ey! –dijo-. ¿No estas enojado, verdad?

-No –le dije. Olía a trago y a sexo.

-¿No te molesta que me acueste con el otro tipo, verdad?

-¡Uf! ¿Así que te acostaste con el otro tipo?

-Varias veces –dijo complacida, y se río y la luna tiritó en la ventana y se preparó para desaparecer.

-Bueno, veo que has tenido lo tuyo en este viaje –dije divertido.

Me pellizcó de nuevo entre las costillas y me lanzó un insulto.

-No, en serio –dije-. No te puedes quejar a tu regreso.

Ambos nos reímos.

-¿Pero no estás enojado verdad? –insistió, después.

-Por supuesto que no –dije.

Quería preguntarle algo, o pedirle algo, pero no se me ocurría qué, y nos quedamos callados. Ella seguía despierta y en sus ojos abiertos se formó una gota amarilla, como si recordara el fuego. La abracé por las caderas y la atraje hacia mí. Recién entonces reparé que un extraño estremecimiento recorría cada tanto su cuerpo y discurrí que tal

vez estuviera excitada. Pensé en besarla, pero no me decidía hacerlo, esos besos que quería prodigarle como flores no vinieron hasta mí. De manera que sólo hablamos, por largo rato, en tono alegre, antes de dormirnos.

Los días siguientes los pasamos en Cuzco, descansando durante el día y buscando por las noches el mejor lugar para escuchar música y beber y conversar y discutir con alguien hasta que el amanecer coloreara los bordes de los cerros. Natalia se involucró definitivamente en una especie de romance con el chileno, que se llamaba Javier, y algunas veces se quedaba a dormir con él, de manera que yo regresaba solo al hostel (el mismo de la vez anterior) y escuchaba cantar al gallo, largo rato, a veces hasta que el sol se elevaba entre la bruma de la mañana y bañaba la ciudad con su estela dorada. No me interesaba entablar amistad con nadie y nadie vino a entablar amistad conmigo y a menudo me sentía solo. Pensaba en las canadienses, sobre todo en aquélla que había caído enferma y que me había regalado una multitud de gestos o miradas o suspiros en sus ojos limados por las estrellas, aquella noche, en el frío, junto al fuego. Hacia el atardecer siempre nos reuníamos con Natalia, y conversábamos, o

íbamos al mercado a comprar algunas cosas, o recordábamos, o nos imaginábamos recordar, en el futuro, en Santiago.

Las vacaciones llegaban a su fin y también el dinero. Ambas cosas nos entristecían o nos producían un sentimiento cercano a la tristeza, tal vez nostalgia. Los amigos de Javier se marcharon a Bolivia y él se quedó solo con nosotros. Su presencia me incomodaba a ratos, a ratos me pasaba desapercibida, nunca me resultaba derechamente agradable. Pero Natalia estaba infatuada y no me quedaba más remedio que ponerle el hombro a la situación.

Después de un par de días volamos juntos a Tacna. Nos quedaban los últimos pesos y nos ubicamos en un cuarto minúsculo con dos camas. La tarde estaba fresca pero no fría, y a través de la ventana los edificios y calles se veían castaños, como si la ciudad hubiese sido barnizada. Javier salió a dar una vuelta arguyendo que necesitaba hablar por teléfono. Yo me tendí a leer (o a releer) un librito que siempre acarrea conmigo, y Natalia se puso a deshacer su equipaje o a rehacerlo, o a buscar una prenda perdida, no sé. Pensé que estaba de mal humor o que un

capricho que no encontraba satisfacción la poseía. Pero me equivocaba, aparentemente, porque después de calzarse un vestidito verde, que no le había visto antes, vino hasta mí con una sonrisa y comenzó a molestarme con bromas y cosquillas. Dejé el libro de lado y hundí mi mano en su pelo negro. En su rostro se contraía esa perplejidad que la habitaba cuando se sentía víctima de un designio arbitrario. Después yo debo haber dicho algo, porque asintió, largamente, con un balanceo de cabeza que tenía algo de tic, y entonces nos besamos. Por la ventana abierta entraba el tráfico de la tarde y un vientecillo helado. De un momento a otro nuestros cuerpos estuvieron desnudos e hicimos el amor, como tantas veces, Natalia sentada a horcajadas sobre mí, y me dio la impresión de que ahora, como nunca, era ella la que se llevaba la mejor parte. No era la primera vez que lo hacíamos desde que se había involucrado con Javier, pero, acaso porque sabíamos que éste podía regresar en cualquier momento, y sorprendernos, la ocasión tuvo un gusto especial, algo prohibido.

Nos separamos jadeando y su cuerpo, que había empalidecido (o tal vez fuera el contraste

con la penumbra creciente), yació callado a mi lado, como si nunca más fuera a pronunciar una palabra, pensé. Pero habló, o bien la voz manó de su boca, a pesar de que sus labios seguían casi sellados, un estertor morado. Dijo que las vacaciones se habían acabado, yo le dije que sí. Era una lástima. El marco de la ventana se fue llenando de un color turquesa, como una fuente.

-¿Sabes qué? –dijo Natalia después-. Quiero pedirte algo.

-Lo que sea –dije.

-Tú me vas a decir si sí o si no, ¿ya?

-Sí.

Hizo una pausa, o murmuró algo inaudible. A continuación:

-Pero ojalá sea que sí.

-Sí –dije yo, acariciándole la espalda, que estaba tan suave, como si hubiese sido lavada con especias.

-Esta noche –pronunció con algo de solemnidad–, pensaba dormir contigo y Javier.

-¡Los tres! –dije yo.

Asintió con la cabeza.

-Yo no soy el que tiene un romance con Javier –dije, como regañándola.

-¿No quieres entonces?

-Yo no quiero hacer nada con Javier –dije–.

¿Qué quieres probar?

-Quiero probar –dijo–. Pero si no quieres, entonces no. Nunca he estado con dos hombres. No es tan malo ¿o sí?

-No –dije–. No sé. A mi me gustas tú, no Javier.

-¡Sí sé! Si es por eso... Yo no quiero que hagas nada con Javier, tonto. No quiero una orgía.

Los dos nos reímos, divertidos. Estábamos completamente desnudos, y el interior de la habitación estaba oscuro como un nicho.

-Si quieres tratamos –le dije yo–. Eres una fresca.

-Un poco –dijo–. ¿Pero estás seguro?

-Bueno, no, pero veamos como resulta.

-Sólo para probar –aseguró.

Se incorporó y su pelo flameó en medio de la penumbra.

Cuando Javier llegó me pareció distinguir un brillo de inteligencia en su mirada, como si dijera “¿está todo arreglado?”. De cualquier

forma nadie se apresuró, y charlamos un rato y a continuación salimos a comer algo. Dimos vueltas interminables por la ciudad de Tacna, por el parque, y las iluminadas arterias principales. Terminamos en un sucucho cualquiera devorando un guiso. De vuelta en el hotel todavía nos quedó tiempo para planificar un poco el día siguiente. Enseguida se hizo un silencio forzado (los tres estábamos sentados en la misma cama) y de súbito Natalia y Javier empezaron a besarse y a tocarse. La piel de Natalia tiritaba debajo de su precioso vestidito verde y comenzó a encenderse en un tenue rubor. Anonadado, pensé que era la chica más bonita que había visto jamás y que jamás vería. Cayó sobre la cama, con él encima, y su pelo negro se esparció como una mancha en la funda blanca de la almohada. Su cuerpo, cuando se deshizo del vestido, emergió dorado. ¿Pero por qué se lo había sacado, si con él puesto era la chica más hermosa que jamás había visto? Javier tenía un cuerpo atlético y fibroso, un poco intimidante. El deseo los volvía ridículos, ¡no! no ridículos, algo enorme, difícil de clasificar, que inspiraba temor. Transcurrió un rato bastante largo antes de que se voltaran y Natalia se montara sobre él. Javier me



echó una mirada de hielo, sus ojos parecían de acero. Y Natalia se volteó hacia mí, azorada por el placer, y me indicó que me acercara. La noche se había cerrado sobre Tacna y sólo los faroles anaranjados desarrollaban su diálogo formulario del otro lado de la ventana. Al principio no entendía (o no quería entender) lo que Natalia quería de mí, su rostro azulado por el reflejo del pelo y sus ojos enormes bajo la sombra de las pestañas me hipnotizaban. Luego me hice cargo que esperaba que la penetrara, entre las nalgas, que se dibujaban como lápidas.

Me curvé sobre ella y, al momento que cumplía mi cometido, la escuché quejarse, espantosamente, desbordada de placer, o de dolor. El catre crujó sin freno en aquel hotelucho en Tacna. Los ojos de Natalia se humedecieron y dieron lugar a una llamita celeste al tiempo que alcanzaba el orgasmo, lento, que se desgajó de su pecho y le inundó todo el vientre. Javier se quedó quieto y sólo la respiración agitada sacudía su pecho sudoroso.

-Eso estuvo fantástico –dijo Natalia después de un rato.

-Sí, estuvo bastante bien –dijo Javier.

Se quedaron callados e inmóviles por unos momentos hasta que él le llevó una mano hasta la sien y trató de enjugar su sudor. Luego le dio unos golpecitos suaves en la cabeza y le dijo:

-¿Qué pasa aquí dentro? Aló, aló, ¿hay alguien aquí dentro?

-Tonto –dijo ella-. Me pegas.

-Es para que aprendas a portarte bien

-Yo me porto bien –dijo ella con una extraña convicción.

El hombre emitió un gruñido.

-¡Javier, no puedes ser tan celoso! –dijo ella.

-No soy tan celoso.

-¿Sólo porque converso un rato con un tipo en un bar, vas a armar un problema?

-Un rato en el bar, y luego en el camino del inca coqueteando, y lo invitas a comer con nosotros...

-¡Ah! ¿No te vas a olvidar nunca del tema? Lo invite una vez a tomar sopa y me lo vas a sacar en cara todo el tiempo. Me cayó bien, lo encontré dulce. Eso es todo. De todas formas, nunca más lo vi.

-Mmm –dijo el hombre, como si no estuviera convencido del todo-. Mucha dulzura, ¿eh?

Ella se rió y se separó suavemente de él y se

tendió a su lado.

-¿Sabías que eres el niño más ridículo que he conocido? –dijo

-Sí sé, si sé –dijo él.

Ambos pensaron en el tiempo feliz que habían tenido y que ahora llegaba a su término. Pensaron, sin decir nada, en el viaje largo que los esperaba al día siguiente y en Santiago, otra vez, donde los recuerdos de momentos como éste los mantendrían tibios. Y cuando se abrazaron sus cuerpos, que se habían tostado a efectos de la luz que se habían olvidado de apagar, parecieron el de un solo animal milagroso, descansando plácidamente en el fondo marino. Pensaron juntos en las mismas cosas, y sus almas cantaron en la quietud del silencio. Luego una caricia en la frente los hizo dormir, y soñar. Afuera, en la noche de Tacna, la oscuridad caía a motas sobre los tejados y se acumulaba en los aleros y los faroles entumecidos iluminaban la danza de las polillas sobre los adoquines. Y las capas de penumbra asfixiaron lentamente el ruido de carros y buses y silenciaron las conversaciones de los hombres en las esquinas y arrullaron a los niños y le susurraron secretos a los amantes bajo

los portales, y siguieron cayendo, como lluvia, y aquietaron el desorden del día y finalmente hasta los borrachos encontraron su camino a casa y las últimas luces detrás de las ventanas se apagaron y la ciudad durmió bajo el ojo satisfecho de la luna.

| 121



# santiago en 100 palabras

122 |

Junto con la edición N° 10 de Revista Plagio, estamos celebrando el quinto aniversario del concurso de cuentos breves “Santiago en 100 Palabras”. Este certamen ya suma, desde su primera versión, más de 70.000 relatos recibidos.

A decir verdad, nunca pensamos que serían tantas las historias esperando ser contadas. El concurso tomó vida propia desde un principio, sumergiendo cada año nuestra pequeña labor de gestores bajo miles y miles de sobres.

“Santiago en 100 Palabras” se ha convertido, junto con la revista, en uno de nuestros proyectos más queridos. A través de él no sólo nosotros pudimos acercarnos a la ciudad por medio de la literatura, sino que la propia ciudad se acercó a nosotros a través de múltiples miradas. Es como si cada año, miles de ojos nos devolvieran de rebote su particular reflejo de la capital.

En estos cinco años fuimos generando lazos personales con cuentos y cuentistas. Inevitablemente, tenemos nuestros relatos favoritos y queremos rendirles tributo en esta ocasión. Como regalo de aniversario, nos dimos el gusto de elegir nosotros. Aquí presentamos una selección, arbitraria –pasando por sobre jurados y premios-, de nuestros diez cuentos preferidos.

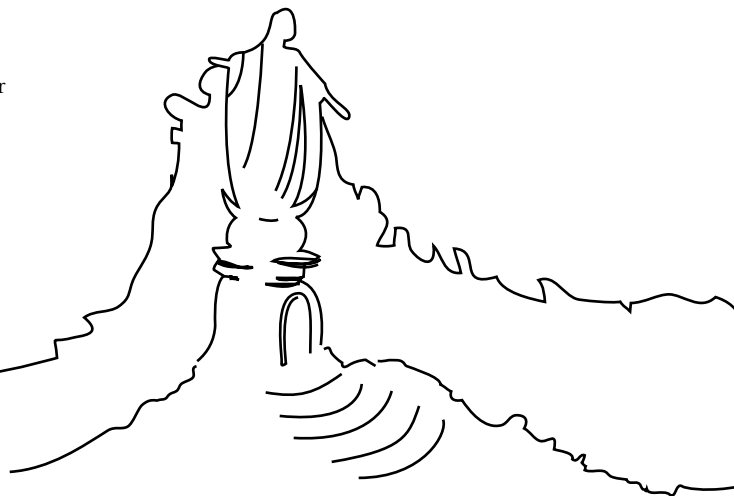
*\* El concurso de Cuentos Breves “Santiago en 100 Palabras” es organizado desde el año 2001 conjuntamente por Plagio, Minera Escondida y Metro de Santiago.*

santiago en 100 palabras

plagio



MINERA ESCONDIDA





## El Parque

primer lugar 2001

Un día, como a los ocho años, caminaba con mi padre hacia el parque O'Higgins. Me sentía muy alegre, porque él no acostumbraba sacarme a pasear. Cruzando San Ignacio, se detuvo un auto con un señor de bigotes. A su lado, una rubia princesa. Ella me sonrió, después se alejaron. Mi padre me dijo: ¿Qué miras? Olvidalo. No son como nosotros". Y me apuró del brazo. Después se desvió al primer bar que encontramos, pidió una cerveza para él y una Bilz para mí. Luego se tomó otra y otra. Nunca llegamos al parque.

*Alex Peraita, 40 años, San Miguel*



## Entre Monos y Abollones

mención honrosa 2001

A la hora de la choca nos ponimos a mirar namis. Pasa la muñeca diabólica en chancha, gritamos... "Mijita, échele un huevito al caldo, que lleva 30 cazuelas atrasá". Del lote, el pulento John mueve monos y motes. Es pintiaito y bacán, tenía jermu y tres brocas. Le decíamos: "Ándate derecho pa' la casa, te ponen los cachos, te comen la color". El viernes se fue temprano, el sábado no llegó. Hoy leí en la popular que encontró a su jermu abollando con otro, le dio la fleta, la dejó fiambre, agarró una cuerda y en la cancha se ahorcó.

*Alejandra Parra, 31 años, La Cisterna*



## Deportes Extremos

mención honrosa 2001

Oficialmente, el record aún lo ostenta Juan “Mundongo” Muñoz: un minuto y dieciséis segundos entre Huérfanos y Alameda, con una chequera. Sin embargo, en diciembre del '95, estuvo a punto de ser destronado por Carlitos “Correcaminos” Parrao, quien zigzagueó a una velocidad increíble con una cadenita de plata. Lamentablemente, un golpe de maletín en el rostro lo derribó veinte metros antes de batir el esquivo record. Su victimario, el funcionario de correos Ascanio “Choro” Garrido, anotó nueve puntos buenos y se mantuvo por dos años como líder indiscutido de la categoría “Derribo de Carterista con Objeto Contundente”.

*Miguel Á. Labarca, 24 años, Providencia.*



## Rigor Mortis

seleccionado libro “Los 100 mejores cuentos 2001-02”

Eva pasea por el luto de rigor del Cementerio General de Santiago y recoge las heladas sonrisas de cartón. En cada calle observa postales del más acá, daguerrotipos de frente y perfil para que los difuntos recuerden. Trae juguetes para que el angelito no se aburra, que se acuerde del viejo pascuero. Todos los años Eva saluda a su niño, invita a los vecinos colgando tarjetas en los vidrios de los nichos, reparte sorpresas y, entre serpentinas, se retira a un rincón para observar los juegos, como un allanamiento de mirada in memoriam de esos corazones ya difíciles de estremecer.

*Jaime Bristilo, 33 años, Ñuñoa*





## Por Poco

primer lugar 2002

Una mujer me miró a través de la vitrina en un centro comercial. Y bien, en su mirada me vi con tres hijos, un perro en el patio, el miedo a perder el trabajo, los préstamos interminables, y unos atardeceres de domingo eternos y lánguidos en casa de sus padres. Sentí el peso de las mañanas iguales, de las tardes iguales, de las noches repetidas, de los iguales reproches. Rápidamente desvié la mirada, apuré el tranco y salí a la calle. Había sobrevivido a uno de esos segundos fatales con que la ciudad suele sellar el destino de los hombres.

*Pedro Vallette, 35 años, Macul*

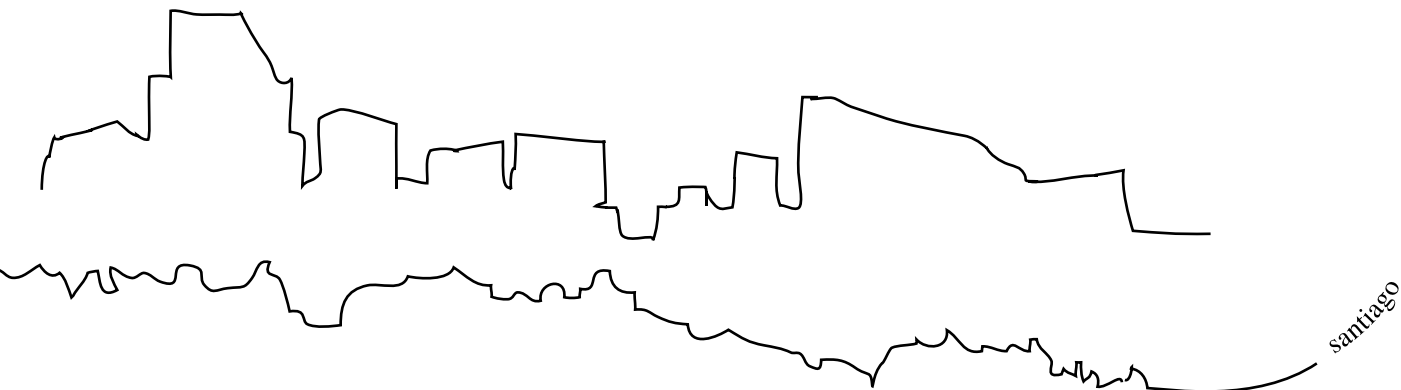


## No es Fácil

mención honrosa 2003

La tonta me dijo que éramos iguales pero inversos y yo en el paradero a las seis de la mañana entumido pensando.

*Luis Lobos, 31 años, La Florida*





## Días de cielo

seleccionado Libro “Los 100 mejores cuentos” 2003-04

La luz fue a dar a un último aletazo contra la mano en voleo de Santa María, y se deshizo lentamente por el costado de la Catedral. Ernestina la vio perderse mientras dejaba el escaño y enfiló hacia el oriente, hacia las montañas que todavía espejeaban entre rosado y violeta, pensando en los crepúsculos de Lima mirando el suelo de reajo, que es como atrapa desde niña el aura de los pasos.

*Ignacio Reyes, 53 años, Santiago*

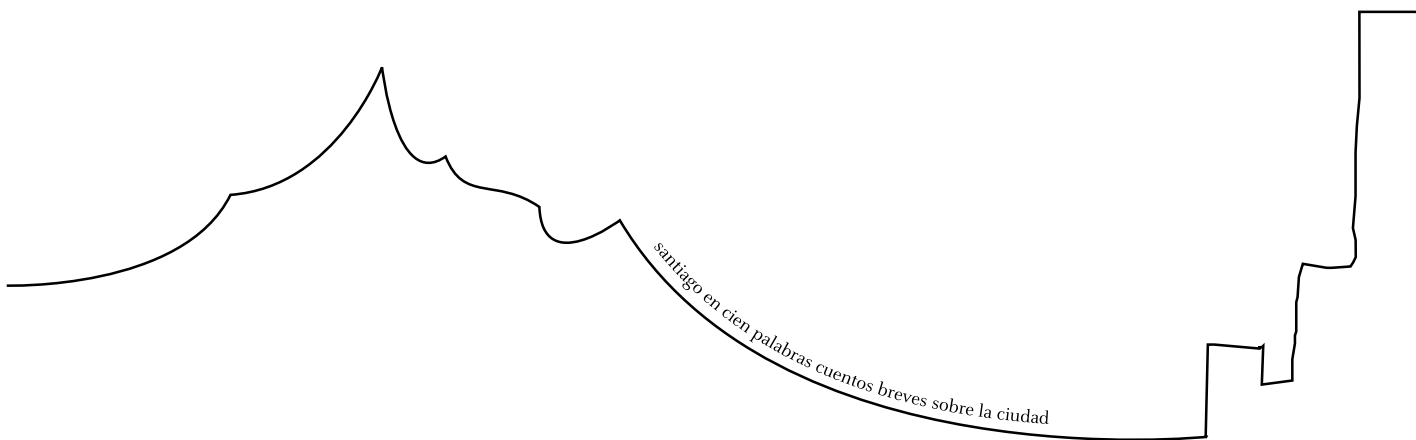


## María

segundo lugar 2004

La baba chorreando el asfalto y la sonrisa de mujer desparramada entre ambas aceras. A la derecha, las 100 lucas de ortodoncia que le cedió el Plan de Gobierno; a la izquierda, las restantes 150 que ella misma reunió. En parte vendiendo la sopaipilla de mañana; en parte, la carne de noche en la esquina. Pensó verde, pero era rojo. La micro amarilla aceleró y todo se fue a negro. En casa, diminutos ojos la esperan y un diente de leche yace bajo la almohada.

*Danai Rayén Corvalán*





## Hojas

mención honrosa 2004

“Aquí no se mueve ninguna hoja sin que yo lo sepa”, dijo hace un tiempo. Ahora dice que no sabe nada. Ahora las hojas caen, y sus asesores le dicen que es otoño.

*Sergio Coddou, 31 años, Las Condes*



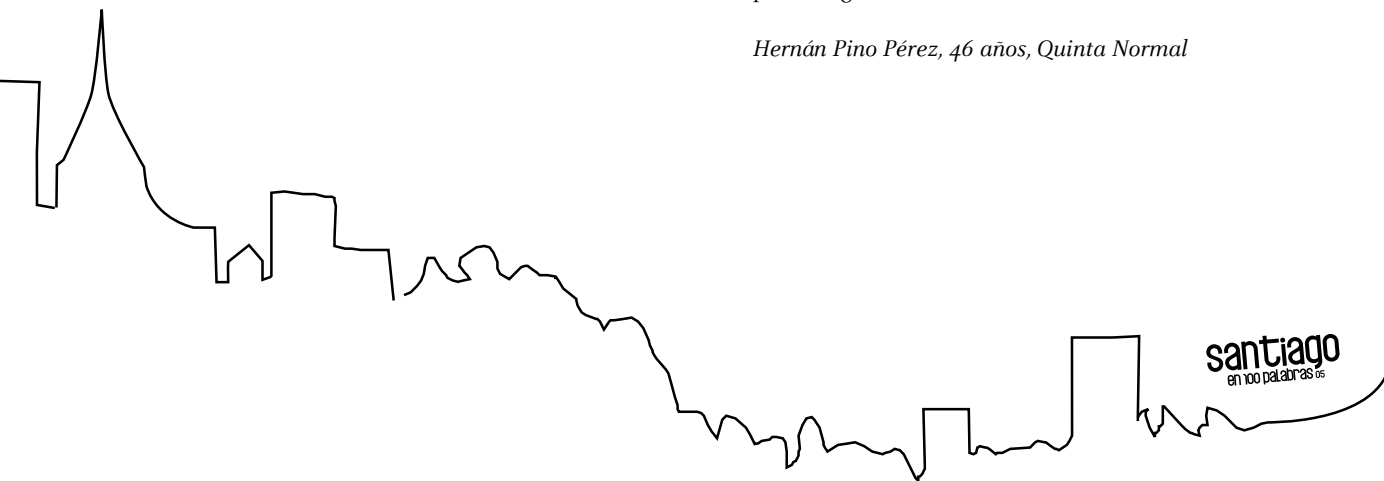
## Cuesco Status Quo

segundo lugar 2005

| 127

El guatón Juancho aparecía en los meses de verano, pero jamás se le veía en invierno. Llegaba corriendo y se iba al anochecer después de la última pichanga. Con sus dedos chorreados de duraznos maduros, reía y reía sentado en un sauce sobre el Mapocho. Nadie comía tantos. Cuando la rama cedió, el río se lo llevó velozmente. Su padre salió a buscarlo hasta encontrarlo kilómetros más allá. En su taller aún conserva un remo destenido. Yo tengo un cuesco que cayó de su pantalón cuando acercaron el cuerpo a la orilla. Quizás lo plante algún día.

*Hernán Pino Pérez, 46 años, Quinta Normal*





Plagio 10  
verano 2005

editora de poesía  
*Carmen García*

editor de narrativa  
*Roberto Fuentes*

directora de arte  
*Sylvia Dümmer*

diseño  
*Margarita Ibañez*

ilustraciones  
*César Gabler*

producción  
*Ignacio Arnold*

comunicaciones  
*Valeria Peña*

impresión  
*Quickprint*

\*\*\*

[www.plagio.cl](http://www.plagio.cl)  
[revista@plagio.cl](mailto:revista@plagio.cl)